

el cura; el cuerpo debe acostumbrarse á todo, lo mismo á decir una misa de cien reales, que un responso de cuatro cuartos. Y ¿se puede saber qué haces allí de centinela?

—Es un secreto, perdone usted no se lo diga, tío, pues el señor duque me ha recomendado mucho que lo reserve, y me ha advertido que si no soy discreto, me dará una buena de punta-piés; y cumpliría la oferta, porque es muy generoso y campechano, y siempre da más de lo que promete.

—Guarda el secreto entonces, hijo, que á los amos se debe respeto y obediencia, sobre todo cuando se insinúan con la punta del pié. Debe agradecerse el pan que se come, aunque se gane legítimamente, porque si llega á faltar, es difícil hallarle de nuevo. Harás presente mis respetos á su excelencia, y le dirás que ya iré á visitarle cuando me dejen un rato en paz los negocios que me traen enredado y no me dejan sosegar.

Santiaguillo se puso en pié.

—Haré como usted me manda. Repito las gracias por sus bondades, y si algo se le ofrece, ya sabe dónde me puede encontrar.

—Sí, ya lo sé; en casa del señor duque.

—No, no señor; en la calle de Panaderos, en mi atalaya. En casa apenas estoy más que para comer y dormir; allí, donde á usted le digo, me encontrará con toda seguridad. Buenos días, tío; que usted se mantenga bueno.

Se despidió y se encaminó á la puerta. Cerca ya de ella, se volvió de repente:

—Si usted no sabe dónde está la tal calle, no tiene más que tomar un coche de plaza, porque no hay cochero que no sepa dónde está, y sin más señas se parará á la puerta de la casa cerca de la cual me encuentro situado.

Volvió á saludar, y se fué.

Apenas dejó de resonar por la esca-

lera el ruido de sus pasos, ya el canónigo toledano había dado al olvido á su sobrino y á su visita.

Tomó el pliego de oficio, y le abrió lentamente, con precaución, para no estropear demasiado el sobre, y colocó sobre un ángulo de la mesa, después de doblar un pico al mantel, los papeletes que contenía. Recorrió el contenido con mucha calma, y á pesar de su corto meollo, comprendió que el negocio eclesiástico prolongaría probablemente su estancia en la corte, lo que le mortificó bastante. El respetable cura echaba de menos las comodidades de su casa y los cuidados de su ama, mucho más amable y cariñosa que el mozo de la posada del Peine que le servía de ordinario, y suspiró suavemente, con cierta santa resignación.

El trabajo que acababa de tomarse leyendo y ordenando los documentos, aceleró la digestión, ya de por sí harto fácil por lo corto de la ingesta.

Por fortuna aquel mismo día estaba convidado á comer en casa de otro eclesiástico amigo suyo, de los buenos y antiguos, cura propio de una de las parroquias más ricas de Madrid. Este párroco, que disfrutaba de buena renta por su cargo y pie de altar, gustaba de darse buena vida, convencido de que es lo único que se saca en el mundo, y era fama que en su mesa abundaban de diario los buenos manjares y los vinos exquisitos. Siendo esto así, con más razón era de esperar que, teniendo convidado, redoblarían las dosis en cantidad y en calidad con todo aquello que un *gourmet* inteligente y delicado añade siempre en análogas circunstancias.

Este recuerdo mitigó su pena, y hasta le consoló, considerando que habiendo almorzado poco y mal, mejor dispuesto se hallaría para hacer los debidos honores á la comida del amigo párroco. El canónigo era de opinión que todo aquel á quien se le

convida á comer, debe comer mucho y de todo, para honrar el agasajo; y que ser meticulado y poco comedor, lejos de ser prueba de buena educación, aunque se roce con la etiqueta, es, por el contrario, prueba de grosería, porque equivale á decir que no le gustan los manjares, ó que están mal condimentados.

Antes de que sonase la hora de la cita, se presentó en casa de su amigo, porque no está bien hacerse esperar en estos casos, y está mucho peor llegar tarde y quedarse debajo de la mesa. Más vale esperar que volverse de vacío, y luégo que llegando pronto se puede uno sentar en el mejor sitio, eligiéndole después de un exámen concienzudo de la colocación de los vinos, ordubres y postres.

Hacemos gracia á nuestros lectores de una descripción del festín, para que no se les haga la boca un agua. Es, por otra parte, innecesaria la descripción, sabiendo la calidad de los co-

mensales, el refinado gusto y buena bolsa del dueño de la casa, que hizo los honores con la más exquisita delicadeza y que colmó de atenciones á su huésped y amigo. Pudo ahorrárselas el buen párroco, porque el convidado no necesitaba de estímulo y tenía además confianza en el sitio donde se encontraba; ítem, el estómago bastante desalojado, y que no era remilgado ni escrupuloso. En suma; el padre Peta-vio comió bien y bebió mejor, esto sobre todo, hasta el *consummatum est*.

Lo que su paternidad no hizo, fué dormir su ratito de sobremesa, porque, aunque tenía confianza, no tanta.

La tarde avanzaba mientras los comensales hablaban de todo un poco; de asuntos eclesiásticos y de varios condimentos de la cocina antigua y verdadera, criticando amargamente los potajes modernos y extranjeros, verdaderos laxantes que echan á perder el estómago y dan en tierra con la organización más robusta.

El padre Petavio consultó su reloj.

—Aún tengo esta tarde que desempeñar una comisión precisa, y que de ningún modo puedo dejar para mañana, dijo.

Después añadió, poniéndose pesadamente en pié.

—Siento mucho dejar este sitio, porque me ha ido muy bién; pero la obligación es antes que la devoción. Temo no encontrar ya en su casa á la persona que voy á buscar.

El párroco le obligó á sentarse de nuevo, diciéndole que iban á tomar una copita de Jerez con unos magníficos bizcochos de espuma.

—Que sea pronto, replicó el canónigo, obedeciendo el mandato á la primera insinuación.

Con aquellas nuevas libaciones concluyó su paternidad de calentarse los cascos.

Cuando se vió en la calle, le pesaban un poco las piernas; pero no hizo caso de esta circunstancia. A los pocos pa-

sos, sacó un papel donde estaba escrita una apuntación, y leyó:

—«Calle de la Cruz Verde... » Ya sé dónde está, poco más ó menos.

Y emprendió la marcha.

Llegado á la calle de San Bernardo, preguntó á un mozo de cuerda.

—Váyase usted por allí, respondió éste, señalando con todo el brazo derecho tendido la calle de la Luna; suba usted por aquella calle, y á la izquierda, la primera que encuentre, aquella es.

Siguió la dirección que se le indicaba. Sea que como la calle adonde se dirigia está casi á los comienzos de la de la Luna, y no se fijó en ella, ó que el estado de su cabeza, á consecuencia del festín, no fuese el más tranquilo, el caso es que pasó de largo, y llegando á la de Panaderos, creyó ser la que buscaba, y entró en ella.

Anduvo unos treinta pasos, y se detuvo para consultar de nuevo la apuntación, y despues de mirar el número de la casa que tenía enfrente:

—Justo, dijo, aquí es, si no está el número equivocado.

Y se coló de rondón por el portal.

Abrió una cancela de cristales de colores, que despues de darle franca entrada, se cerró detrás de él, impulsada por un resorte, y se encontró con una especie de portería un poco extraña.

La puerta de ésta estaba cerrada á macha y martillo, pero cerca de ella vió un ventanillo ó tragaluz de pequeñas dimensiones, por donde entraba algo de la luz exterior, muy débilmente por lo avanzado de la hora y por estar el dia un poco nublado.

Llamó en el ventanillo.

—¿Llave? dijo una voz femenina desde dentro con tono interrogativo.

Y sin esperar respuesta, asomó una mano, ofreciendo un llavín del cual pendía un pedazo de hoja de lata con un número en relieve.

—Número cinco, por la escalera de la izquierda, dijo la voz; y se cerró el ventanillo.

El canónigo quedó absorto, contemplando el llavín y el apéndice de hoja de lata.

—Vaya unas modas, se dijo, que se van introduciendo en este Madrid, por todas partes, hasta para recibir las visitas. Esto debe ser un refinamiento de las costumbres cortesanas, para ahorrar el llamar y que se incomoden desde dentro en abrir la puerta. Me parece muy bien; vamos arriba.

Ni el buen cura tuvo presente aquello de *escalera de la izquierda*, ni vió otra escalera que la que estaba á su espalda, pues la que se le indicó está despues de un pasillo, y hasta oculta desde el ventanillo donde partió la voz indicatoria.

Subió por la que más cerca se le presentaba y únicamente veía, y fué parándose en todos los descansillos para consultar los números pintados sobre las puertas. Llegó á la marcada con el número cinco. Dispuso su llavín y abrió, cerrando después, porque las

cosas deben dejarse conforme se encuentran.

Una vez dentro, franqueó una pequeña antesala ó recibimiento, y de aquí pasó derecho al interior, asombrándose de que nadie contestase á sus repetidas voces pidiendo permiso para pasar adelante.

— Todo esto deben ser modas de Madrid tomadas de Francia, dijo, y se puso á examinar la habitación.

La sala era espaciosa y recibía de la calle la luz, ya entonces casi crepuscular, por dos anchos balcones decorados con cortinajes y defendidos con persianas de las miradas indiscretas del exterior. El mueblaje estaba compuesto de una sillería bastante decente: en uno de los testers, el sofá y dos butacas; en otro, una mesa jardinera con tablero de mármol, y en ambos dos espejos de grandes dimensiones. A mano izquierda conforme se entraba, y rasante con el tester del sofá, estaba una alcoba en cuya puerta colgaban los portieres

de abacá. El pavimento estaba alfombrado, observándose la circunstancia de que la alfombra estaba bastante raiada á los piés del sofá, sin duda por ser el sitio de uso más frecuente.

No viendo á nadie, el buen canónigo toledano se encaminó á la alcoba. Estaba igualmente desierta, y sólo ocupada por una cama matrimonial de buen aspecto, aunque sin lujo, y un lavabo de escasas pretensiones artísticas.

—Pues señor, dijo el cura, parece esto el palacio del silencio. ¿Si me habré equivocado? Voy á preguntar en la portería.

Al querer salir se encontró con la dificultad de que la cerradura sólo era practicable desde fuera, que por el interior no presentaba señales para hacer uso de un llavín que era inútil para usos internos y para la salida, exquisita medida de precaución que hace forzoso el auxilio externo; y, en suma, que estaba cogido en una especie de ratonera.

—Esto es, pensó el canónigo, que los señores de la casa estarán fuera para algún negocio urgente, y que no tardarán en volver. Recuerdo ahora que en la portería me han entregado la llave sin más averiguaciones, ni preguntarme á quién busco; pero esto será otro adelanto de la civilización, que habrá creado los porteros invisibles y adivinos.

Pasó un rato, y ya anochecía. La costumbre de la siesta, no satisfecha aquel día, se presentó exigente con el silencio y la soledad. El cura entró en la alcoba, se despojó del manteo y de su sombrero de teja, y se tendió á la bartola en la mullida cama.

—Que vengan cuando quieran, dijo, que aquí les espero. ¡Vaya unas costumbres cortesanas!

Y se quedó profundamente dormido.

Así transcurrió media hora; ya era de noche completamntee. La puerta del cuarto se abrió con lentitud y con precaución, y dió paso á dos personas,

un hombre y una mujer. Entraron, ella sobre todo, con el mayor silencio y recato; él parecía ménos preocupado. Ella se detuvo en el recibimiento á causa de la oscuridad; él, sin duda más práctico y conocedor del terreno, avanzó resueltamente y sin titubear, y encendió un fósforo. Despues le aplicó á una bujía que, colocada en su correspondiente candelero, estaba sobre la mesa jardinera.

—Pase usted, alma mia, dijo á su compañera, y no tenga miedo, que aquí no comen á nadie.

El que hablaba era el camastrón don Andrés, el gran pirata callejero y terrible conquistador de encrucijadas.

La dama, con el rostro cubierto por el velo, pasó á la sala, aunque dominada por la timidez.

—Aquí estaremos mejor, dijo don Andrés, sentándose de golpe en el sofá y dejando á un lado bastón y sombrero. Siéntese aquí á mi lado, que esto está un destierro y vendrá cansada.

La señora se sentó, pero sin despojarse del velo. El galán la rogó que, ya que no se le quitase del todo, al ménos le levantase para admirar sus perfecciones. Aunque haciendo algunos dengues, la dama se prestó á complacer al caballero, y plegó el tocado sobre su cabeza.

Era una joven muy linda. Ya sabemos que el camastrón tenía buen gusto. Al parecer, era una modista retozona y vivaracha, pero entonces un poco dominada por la emoción natural del momento.

Don Andrés empezó un discurso preliminar del género amatorio, demostrando la pasión que le dominaba. La modista se dejaba querer.

De repente ésta hizo un movimiento de sorpresa, y miró fijamente en dirección á la alcoba.

—¿Qué te pasa, amor mio? preguntó don Andrés, que había pasado ya al terreno de la confianza y tuteaba á su ídolo.

—Nada; creí haber oído ruido ahí dentro, respondió la joven.

—Aprensiones tuyas, dijo el galán. Aquí no hay un alma: esta casa es de lo mejor que se conoce, y en punto á discreción, es famosa en toda la villa y corte.

La modistilla no había oído mal, ni su alarma carecía de fundamento, porque en aquel instante se despertaba el cura y daba señales de vida; pero don Andrés no estaba para ruidos, porque su amor iba en *crescendo*.

A los pocos segundos, nuevo movimiento de temor en la modista.

—No me cabe duda, dijo, de que ahí dentro hay alguna persona: he oído toser, y luego escupir.

Corroborando aquellas sospechas, apareció el canónigo en el umbral de la alcoba, dando fuertes esperezos con brazos y boca.

—Dios guarde á ustedes, dijo sacudiendo los miembros de lo lindo.

La dama arrojó un grito, volvió á

bajar rápidamente el velo sobre su rostro, y se refugió en su adorador, procurando esconderse tras la humanidad que tenía al lado, como si se tratase de un biombo ó de un portier. El camastrón quedó por el pronto perplejo, porque aquella aparición inesperada, aquella figura negra con sotana, tenía algo de terrible y fantástica. Es verdad que el *coram vobis* sanote y colorado del respetable presbítero no tenía relación con la escualidez y pálidos matices convencionales en tradiciones y leyendas, como propios de aparecidos, almas en pena y fantasmas ensabanados; pero en el primer momento no se reflexionan ciertos detalles, y la sorpresa es natural.

—Dispensen ustedes la confianza, añadió el eclesiástico; pero he comido fuerte, y me aburría de estar solo.

Y dió dos pasos al frente.

—¿Qué le sucede á la señora? preguntó. ¿Es que se asusta de mí, ó que padece de los nervios? Haga usted el

favor de tranquilizarla, caballero, usted que la tiene más cerca y le hará más caso.

Diciendo así, avanzó más en dirección á la atónita pareja.

La modista, al verle acercarse, se levantó despavorida, atravesó la sala y trató de ganar la salida. Viendo cerrada la puerta, y que no cedía á sus esfuerzos, se acurrucó en un rincón del recibimiento.

—¿Hace usted el favor de decirme qué hace aquí, buen hombre? preguntó don Andrés una vez ya repuesto.

—¡Toma! ¡Me gusta la pregunta! respondió el santo varón; esperándoles á ustedes.

El chasqueado pirata se puso en pié bastante amostazado.

—Padre cura, dijo con acento iracundo; este cuarto es mio, porque para eso me cuesta mi dinero, mire usted mi llavín, número cinco, y de esta escalera, de la del frente, no de la

—¿Y quién le dice á usted lo contrario? Ya sé que el amo es usted, y le reconozco como tal.

—Pues siendo así, ya puede usted largarse cuanto antes, y tenga cuidado otra vez de no estorbar á nadie en sus negocios. Me ha desbaratado usted una conquista que me ha costado cuatro días madurar y cuatro noches de café con tostada. ¡Tendrá usted que indemnizarme!

—¡Yo que tengo qué ver, ni qué indemnizaciones ni qué ocho cuartos! ¡Indemnizaciones! ¡Bueno está el clero!

—Repito que salga usted cuanto antes y no dé lugar á que la paciencia se me agote. ¡Voto á!...

Al ruido producido por aquel altercado, acudió presurosa la dueña del establecimiento, seguida de una criada, y abrió el cuarto con el llavín de reserva. Las dos mujeres entraron apresuradamente.

La dama encubierta, viendo que abrían por fuera y sintiendo el ruido

de los pasos, huyó del recibimiento para conjurar el peligro, cruzó la sala como una exhalación, y corrió á refugiarse en la alcoba. En vano don Andrés trató de tranquilizarla. Cuando entraron ama y criada, solo vieron al camastrón y al eclesiástico. El ama abarcó con una mirada el cuadro que se ofrecía á su vista, y dijo riéndose á carcajadas:

—¿Qué significa esto, don Andrés? ¿Usted, un parroquiano como usted, aquí á solas con un cura? ¿Es ésta la conquista que ha hecho esta noche? ¡Vaya un capricho raro!

Don Andrés se puso lívido al verse en ridículo y objeto de aquella punzante burla.

—¿Y qué lo encuentra usted de particular, señora? dijo la criadita tomando parte en la matraca; cualquiera se equivoca, y por esta vez la equivocación no tiene nada de particular, porque curas y mujeres, todo son faldas.

El reverendo padre, viendo el giro de

los sucesos, manifestó que conocía que allí estaba demás y que quería marcharse. Se dirigió derecho á la alcoba donde la dama se había refugiado. Don Andrés se apresuró á impedirle el paso.

—¡Atrás, exclamó, ó le corto á usted el cuello!

El cura retrocedió.

—Hombre, dijo apresurado: ¿voy á ir así á la calle? Déjeme usted que coja mi manteo y mi sombrero de teja.

—Váyase usted en pelo, replicó el galán: ¡aquí no entra nadie!

El cura sospechó que estaba entre mala gente, y que era víctima de un robo de efectos de vestuario.

—Yo no me voy sin llevarme lo que me pertenece, dijo insistiendo. Tengamos la fiesta en paz, caballero. Yo soy un hombre pacífico como debo serlo, en razón al sagrado ministerio que ejerzo; ¡pero cuidadito con buscarme las cosquillas, que también tengo mis malas pulgas, y si me pinchan de-

masiado, me acordaré de que he hecho tres años la campaña en San Pedro Abanto y Montejurra!

No hubo razones para convencer á don Andrés, que era de natural colérico, y además en aquella ocasión estaba fuera de sí por ver su aventura estropeada cuando iba á tener feliz desenlace.

—Pues si es que trata de quedarse con el manteo y el sombrero, dijo exasperado el reverendo padre, chasco se llevan, que no lo permitiré. Voy á pedir auxilio.

Y con ademán decidido se encaminó á un balcón. Tanto el ama como la criada, y hasta el mismo don Andrés, temiendo un escándalo, corrieron á detenerle. El cura se resistía, y los tres, redoblando sus esfuerzos, cada uno por distinto lado, lograron á empellones traerle al centro de la sala, y allí dieron en el suelo con él.

El canónigo cayó sobre la alfombra con toda su pesada humanidad, ha-

ciendo retemblar la casa desde las guardillas hasta los cimientos.

—¡Socorro! gritó: ¡guardias, que me asesinan!

Acometido de un desmayo, quedó sin movimiento.

—¡Dios mio! ¡si habrá muerto! exclamó asustada el ama. ¡Vaya un compromiso!

—¡Esto es indecente! gritó don Andrés: ¡ya no se puede venir á esta casa! ¡Desde que se admite en ella todo zurriburri, se ha echado á perder!

Aprovechando la confusión, la dama encubierta salió de su escondite, y hallando franca la puerta de entrada al cuarto, que así la dejaron ama y criada, salvó las escaleras, y se plantó en la calle. Don Andrés trató de seguirla, pero inútilmente: las piernas de un cincuenton barrigudo y lleno de lacras no pueden competir con las ágiles de una modista de veinte años que va y viene diariamente dos veces al obrador á toda velocidad.

—¡Cuatro cafés con tostadas enbalde! exclamó el camastrón con desaliento.

A fuerza de fuerzas se logró que el respetable cura volviese en sí, y que, repuesto del susto, tomase sus hábitos y se marchara, sin que el lance tuviese otras deplorables consecuencias para el buen nombre y crédito del establecimiento. Viéndose el buen hombre en posesión de sus prendas, se dió por contento y se marchó.

Bajó mohino las escaleras, con más rapidez que las subió horas ántes, y respiró con algún desahogo al verse fuera de la maldita casa.

Cerca de la esquina de la calle oyó una voz detrás:

—¡Tío!

Volvió la cabeza.

—¿Usted por estos barrios? ¡Hola, hola! ¿esas tenemos?

—Mira, hazme el favor de quitarte de en medio, y vete á cumplir con tu obligación.

—Precisamente estoy cumpliendo

con ella, replicó Santiaguillo, y este es mi observatorio de que tengo hablado á usted. Gracias á ello he tenido el gusto de pillarle infraganti.

El cura no respondió, y apretó el paso. Su sobrino le redobló también, y continuó la carga.

—Vamos, ¿y qué tal le ha parecido á usted? Muy bien, ¿no es eso? Ya se le conoce en la cara, porque la tiene usted más colorada que un pavo.

—Te digo que me dejes y que no vuelvas á parecer por la posada del Peine, al menos mientras yo está alojado en ella.

El digno eclesiástico no estaba de humor para gastar saliva, porque aún se sentía dominado por las desagradables emociones del pesado lance que le había sucedido, y tenía la bÍlis revuelta.

El majadero de su sobrino no cejaba en su propósito de mortificarle con sus estúpidas chanzonetas; pero como el santo varón apretaba de cada vez

más el paso, conoció que se alejaba del sitio donde estaba el cumplimiento de sus deberes, y tuvo que dejarle en paz, aunque esto no fué sin dispararle otra saeta, á guisa de despedida.

—Vaya usted con Dios, tío, y hasta la vista, que usted volverá por acá; que una vez empezado el melón, no se olvida tan fácilmente la casita de la calle de Panaderos.



XI

APUROS DE UN HORTERILLA.

Don Facundo consiguió á buenas que su fiel dependiente Maúfas fuese

más explícito y rindiese detalles; de este modo supo con todos sus pormenores el lance sucedido á su costurera.

Quedó pensativo y cabizbajo.

Entraron las cosas en caja y todo en estado normal. Lucrecia siguió su costumbre de ir todas las noches, acompañada de su mamá, á entregar la obra concluida y recoger materiales para el siguiente día; y el ciego dios del amor, de cada vez más ensañado en clavar sus flechas en el enamorado corazón del comerciante. Llegó éste á olvidar un poco sus libros de caja, y á preocuparse seriamente por la hermosa rubia.

—Estoy hecho un esclavo detrás del mostrador, decía el burgués, sin disfrutar de los placeres con que brinda el mundo, pudiendo gastarme mil reales mejor que otros muchos que lo entienden de otro modo y gozan de la vida. Un poco de valor y no tengamos tanta lástima á las monedas, que despues de todo, si no sirven para

nuestros solaces y caprichos, es lo mismo que tener guijarros dentro de un talego. Maúfas es muy listo y ha de ayudarme grandemente en la empresa. Dávidas quebrantan peñas: voy á comprarle unas botinas finas de charol.

Después lo reflexionó, y añadió rectificando:

—Mejor será comprarle unos borceguíes fuertes y de becerro, que le durarán más.

Elaboró su plan allá en los recónditos de su meollo de mercader, no sin darle mil vueltas y rectificaciones, sujetándole á números y al cálculo de la teoría de las probabilidades, quitando y poniendo; y cuando creyó que ya estaba sazonado y cogidos todos los cabos para el mejor éxito, dijo al horterrilla:

—Maúfas, ¿te corresponde salir mañana domingo á paseo?

—Sí, señor, mi principal, contestó el muchacho.

Esto pareció contrariar á don Facundo.

—Corriente, dijo después de un momento de silencio; todo puede arreglarse. Irás de paseo, pero volverás á casa al anochecer, porque te necesito para un asunto de importancia. Mira; mejor será que quedemos en reunirnos en otra parte, y así no se enterará nadie. Vamos á ver, vamos á ver, continuó diciendo el amo cavilando: ¿dónde nos encontraríamos que fuese mejor para el uno y para el otro?

—Pues si á usted le parece, en cualquier café, mi principal, dijo resueltamente el chiquillo.

—Esó sería mejor para ti que para mí, replicó don Facundo, porque naturalmente yo pagaría el consumo, y no es equitativo.

—Pues entonces usted dirá, que no siendo en un café, lo mismo me da en Recoletos que en las Peñuelas. Yo lo decía, para que el que llegase antes esperase sentado y con más comodidad.

—Si no es más que por eso, todo puede conciliarse, porque en la plaza de Oriente hay bancos, y en otras varias plazuelas de Madrid. Elijo, pues, la plaza de Bilbao, donde también los hay, y está cerca de aquí. Ya lo sabes, mañana domingo, al anochecer; no faltes, si no quieres que me incomode; y no me hagas esperar, porque será una falta de respeto.

—Descuide usted, mi principal, que allí estaré; pero si no me viese, no tiene más que acercarse al café de la esquina de la calle del Clavel, el de á mano derecha conforme se entra, no vaya usted á confundirse con el de la otra esquina á mano zurda, aunque todo será que éntre usted en los dos; pero en el que le digo á usted, cerca del tablado donde bailan y cantan flamenco...

—Déjame de historias, y acude al sitio que te digo.

—Como usted quiera, pero yo me entiendo. Quiero decir, que como en

los cafés encienden las luces á media tarde, no se conoce cuándo anochece ni cuándo no, y yo pudiera descuidarme; pero saldré á la puerta de vez en cuando, y no daré motivo á que usted espere y se desespere.

Después el horterilla dijo para sí:

—¿Qué me querrá el principal con tantos rodeos? Aquí hay gato encerrado. Me prestaré á todo para irle al señor duque con el cuento.

El comerciante, que en un principio tomara á broma y pasatiempo galantear á su costurera, concluyó por habituarse á la idea de que era una conquista apetecible, y que un hombre de dinero como él, puede permitirse el lujo de tener una querida en un cuarto, máxime cuando la joven, acostumbrada á pasar la vida á fuerza de trabajo y estrechez, no opondría gran resistencia viendo que mejoraba de suerte, y se contentaría con poco, como no acostumbrada á mucho. Porque es de advertir que don Facundo estaba

tan metalizado por carácter y por razón de su oficio, que á pesar de tener el corazón algo prisionero, ó al menos su lujuria fuertemente excitada, no dejaba de sostener luchas titánicas entre la misma lujuria, que ya no le dejaba sosegar, y el temor de que la sangría que hubiese necesidad de hacer á la caja fuese de alguna consideración.

Contaba con que la madre ayudaría en sus propósitos, porque allá en sus ideas y pensamientos creía firmemente que no hay mamá de muchacha pobre que no esté dispuesta á vender á su hija, si la venta es ventajosa. Se engañaba el mercader, porque doña Melchora amaba á su hija entrañablemente, y si con frecuencia pintaba al burgués como un buen partido, era casándose en regla y con todas las formalidades del acto, de ningún modo para hacerla su manceba.

Maduró mucho el ataque, porque el asunto era espinoso. Decidido á poseer lo que se le antojaba, si la propo-

sición á la madre fracasaba, era ponerla alerta y tal vez destruir todo otro procedimiento.

Una noche se presentó sola doña Melchora en la tienda: esto solía suceder pocas veces.

—¿Ocurre algo á la niña? preguntó el comerciante.

—No, señor; nada de particular, respondió la buena señora; pero esta noche se encontraba algo cansada, pues hemos madrugado mucho para ponernos á trabajar, y no ha querido salir. Muchas gracias por el interés que usted se toma.

—Ya sabe usted que las estimo, aunque no se me paga en la misma moneda, dijo el comerciante sacando un suspiro del pecho con el mismo trabajo que hubiera sacado un duro del bolsillo.

—Eso no, contestó apresuradamente la mamá, porque nosotras no tenemos lengua sino para alabar á usted.

—Pero el caso es, que yo pienso en

la niña día y noche, y que ella no se da por muy entendida.

—¿Qué quiere usted? ¡Es tan joven aún! Yo no la dejo de la mano, porque somos pobres; yo puedo faltar, y quisiera dejarla bién colocada.

—De modo que en cuanto dependa de usted...

—Por mí ya estaría todo arreglado, sí, señor. Dicho y hecho; hoy te digo que te quiero, y mañana á la vicaría. Porque supongo, señor don Facundo, que usted no se llevará mala intención.

—¡Imposible! ¡Pues poco formal soy yo!

—Siempre lo he creído así, y de otro modo jamás hubiera yo consentido. Lo he dicho, y lo repetiré; su madre ha sido toda su vida una mujer honrada, y á ella mil veces se lo tengo predicado: hija, á casarte como Dios manda, ó que te entierren con palma.

Revelaban aquellas frases cierta energía y decisión; de tal modo, que el comerciante conoció que se equivo-

caba y que era preciso apelar á otros medios para conseguir el logro de su capricho.

Viviendo siempre sujeto al mostrador, no tenía nuestro hombre gran conocimiento de ciertas cosas que en Madrid suceden, sino por referencia; así es que las declaraciones de Maúfas le abrieron los ojos, señalándole algún camino, y de aquí la cita que le dió.

Llegó el domingo señalado. A la hora convenida, don Facundo se dirigió al sitio de la cita, y conforme era de esperar, no encontró en él á su dependiente.

—En mi impaciencia me habré adelantado, dijo; esperemos un poco.

Y se sentó en el banco de piedra corrido que ofrece por el interior la balaustrada que rodea á la plaza-jardín.

Al cuarto de hora ya le dominaba la impaciencia, y sobre todo el orgullo de amo.

—En cuanto se presente ante mi

vista, dijo incomodado, he de darle de puntapiés.

Como si estas palabras fuesen una evocación, en aquel instante se presentó Maúfas, que venía corriendo.

—Le perdonaré, se dijo su amo, porque si le sacudo el polvo no me servirá de buena gana, y yo le necesito; pero los borceguíes prometidos no pasarán de unas malas alpargatas.

—Aquí estoy, mi principal, dijo el chico; ha sucedido lo que yo pensaba, que allá en el café no se sabe á punto fijo cuándo anochece. Y ahora, ¿qué vamos á hacer?

—Ven conmigo, y lo sabrás.

Don Facundo emprendió la marcha con mucha prosopopeya, llevando detrás á su dependiente, á guisa de paje, que tanto por respeto como por ser estrecha la acera, caminaba por el empedrado.

De este modo, y sin hablar palabra, atravesaron varias calles, y por último, llegaron á la de Panaderos.

—Ahora dime cuál casa es la del lance de marras.

El horterilla la indicó con el dedo.

—Entra y pregunta por el *ama* de ella, y díla que un caballero desea hablarla y que si puede pasar.

—¡Vaya, qué cosas tiene usted, mi principal! Pues claro está que sí; todo el mundo entra, porque la entrada es libre, como en el Bazar de la Unión. Si no es más que para esto para lo que usted me necesita, no merecía la pena de dejar el café, donde tan á gusto me encontraba.

Y el muchacho casi demostró con su ademán que iba á dar media vuelta y desandar el camino.

—Siendo así como tú dices, voy adentro; pero espera un poco, que allí viene gente, y no conviene á un comerciante honrado que estima en mucho su crédito, que se le vea en ciertos sitios sospechosos, porque pudiera suceder que los que le vean á uno fueran parroquianos meticulosos.

Los que venían eran un hombre y una mujer, asidos cariñosamente del brazo, á paso corto, como quien pasa por casualidad y de paseo. Don Facundo, por si acaso, se situó en la ace-ra de enfrente y se volvió de espaldas para dejarlos pasar; pero no oyendo el ruido de sus pasos, se volvió otra vez, sorprendido de no verles.

—¿Han pasado? preguntó á Maúfas.

—¿Del portal adentro? Sí, señor. Aunque venían despacito, al llegar al umbral han torcido, y se han colado como un rayo.

—Eso es otra cosa, que pasar de largo ya decía yo que no puede ser. Esperaremos á que salgan, no sea que nos demos de manos á boca con ellos, y no me haría gracia.

—Como usted mande, mi principal; pero digo otra vez que yo aquí maldita la falta que hago.

Tras aquella pareja aparecieron y desaparecieron como sombras chinecas otras varias.

—¡Vaya un jubileo! dijo don Facundo. La concurrencia es buena, y este comercio debe ser negocio seguro, porque todo será ganancia. Estoy por dedicar una parte de mi capital...

Después llegó un coche de plaza, que se detuvo á la puerta del portal. Se abrió la portezuela, y primero bajó un caballero de edad provecta, y á juzgar por su exterior, persona de importancia. Ofreció galantemente su mano para que se apease la señora que venía en su compañía, cuya señora, aunque bien vestida, no armonizaba con su acompañante. Bajó ella recatándose el rostro, y de un brinco se plantó en el zaguán. El caballero la siguió, se oyó el ruido de la cancela al girar, como las veces anteriores, y el producido por el golpe al ser abandonada después de dar paso á los recién llegados.

El cochero los vió apearse y desaparecer, y se sonrió maliciosamente.

—¡Coches también! dijo asombrado

don Facundo; lo mismo que en mi establecimiento.

Tras aquel coche llegó otro. El cochero anterior hizo avanzar su jamelgo para dejar sitio al que venía. Se repitió una escena parecida.

—Pues señor, dijo el comerciante, parece esto el zaguán del Teatro Real.

—Pero ¿se puede saber qué hacemos aquí, mi amo? preguntó Maúfas, que ya estaba dado al diablo con aquella esperona.

—Hay que esperar á que los coches se marchen, contestó el comerciante, porque los cocheros me pueden ver y conocerme.

—Me parece que tenemos aquí para toda la noche, replicó mal humorado el chicuelo; ¡vaya un modo de hacer el oso!

Los dos cocheros, atraídos por la simpatía, se pusieron á charlar, y no se sabe de qué hablarían; pero el caso es que se reían como salvajes, y que sus risotadas resonaban de un extremo á

otro de la poco concurrida calle. Por fin, convencidos de que podían disponer de un buen rato, entraron en una taberna allí cerca situada.

—Ahora es buena ocasión de entrar, mi principal, á no ser que también tenga usted miedo de que le vean los caballos.

El comerciante conoció que efectivamente estaba haciendo un mal papel, y se decidió á seguir el consejo.

—Ven conmigo, dijo á su dependiente.

—Vamos allá, no sea que le coman á usted. Parece mentira, siendo todo un principal, que ande usted con tantos rodeos; yo no soy más que el último de los dependientes de comercio, y si se me ofreciese algo allí adentro, no andaría mirándolo tanto, aunque me encontrase con todos los parroquianos de la tienda, porque si ellos vienen, lo mismo puedo venir yo, y si me ven, será porque ellos no andarán muy lejos.

Esta lógica concluyó de decidir don Facundo.

Palpitándole el corazón, que parecía querer salirse de su pecho, hizo su entrada en la temible guarida, seguido de Maúfas, que, como buen servidor, se adelantó para abrir la cancela y que pasase su señor, siguiéndole después. Ambos se encontraron como en país desconocido, mirando á todas partes, hasta que por fin repararon en el pequeño ventanillo. Resonó entonces la pregunta de cajón.

—¿Llave?

El mercader miró al sitio de donde partía la voz, y sin contestar, volvió los ojos, y los fijó en su paje, como interrogándole.

—¿Qué quiere decir esto de ¿llave?

—¿A mí qué me cuenta usted, mi principal, si yo en toda mi vida he pasado de puertas adentro?

La voz oculta repitió la pregunta.

Entonces se acercó don Facundo y dijo con voz insegura, dominado por la

emoción, y sin saber lo que se decía:

—Venga.

Salió la mano ofreciendo el llavín. El comerciante, siempre aturdido, la tomó.

—Por tal escalera, número tantos, dijo la voz, con su laconismo habitual.

Don Facundo se quedó mirando la hoja de lata que pendía del llavín.

—Será la pieza de recibimiento, pensó, donde luego subirá alguna persona del servicio del establecimiento, para saber lo que se ofrece y tomar órdenes. Arriba, Maúfas.

Y se encaminó á la escalera.

—Eso sí que no, mi principal, dijo el chiquillo con acento decidido; todo cuanto usted me mande, pero yo no subo.

El mercader, conociendo que con la violencia nada sacaríá, acudió á las promesas de regalos.

—Vaya, no me fío, y le digo que no subo. ¡Canastos! ¡Pues tendría que ver!

Nada, no, señor, ni por todo el oro de este mundo. ¡Me gusta la ocurrencia! ¡Vaya un capricho original! Pues si yo hubiera sabido el lazo que usted me preparaba, ¡para que yo hubiera dejado el café á tres tirones! Busque usted quien le acompañe, que yo no estoy de humor. ¡Demonio de hombre!

El comerciante procuró tranquilizarle, y llegó hasta emplear los ruegos, descendiendo de su categoría; que á esto se exponen los amos que hacen cómplices á sus criados de sus picardías.

— Es indispensable que me acompañes, le dijo, porque esta casa es sospechosa, y pudiera suceder que me diesen un golpe. Si tal aconteciese, que quedes tú al menos para contarle y dar parte á la justicia.

— ¿Habla usted formalmente, mi principal? preguntó el horterilla con desconfianza: ¿no es más que por eso?

— ¿Pues para qué ha de ser, majadero? Cuenta con una buena recompensa.

—Vamos arriba; pero no se me quita del todo la escama. Le advierto á usted, mi principal, que en cuanto yo vea el pleito mal parado, chillo y armo un escándalo.

—Justamente es lo que yo quiero. Sí, hijo, sí, chilla, y fuerte, si ves que algo me sucede, que no quiero quede impune un atentado á mi persona.

Llegaron al departamento que el número del llavín indicaba, y abriendo la puerta, entraron, cerrando después. El horterilla pasó adelante, siguiendo á su amo, siempre con cierto recelo.

Don Facundo se sentó dispuesto á esperar: su dependiente hizo otro tanto, pero á cierta distancia, para estar á la defensiva.

Así pasó media hora.

—Me parece que esto está muy mal servido, dijo el comerciante con impaciencia. Mira, baja y avisa que estoy esperando y que si es cosa de estarme aquí hasta que amanezca.

Maúfas trató de salir, pero se en-

contró con que no era posible abrir la puerta desde dentro. Su amo, que acudió al sitio, se convenció de lo mismo, y empezó á preocuparse pensando que aquella encerrona no presagiaba nada bueno.

—Ya me pesa haber venido aquí, dijo con desaliento.

—¿Y quién se lo ha mandado? replicó Maúfas. Para este viaje no hacían falta alforjas. Mejor se está en el café.

Don Facundo empezó á pasearse agitadamente por la habitación, y de repente se encaró con el muchacho.

—¿Para qué me has hablado de esta casa? dijo con mal humor.

—Y usted, ¿para qué me ha preguntado por ella? replicó el horterilla. Además, que yo no le he mandado venir, y si no me hubiese traído en su compañía, que maldita la falta que hago, hubiese yo ganado mucho.

Volvió á reinar el silencio. El joven Maúfas fué el primero en romperle para decir á su principal:

—Aquí hay colgado un cordel que parece un tirador de campanilla, y tal vez sea para llamar que vengan. ¿Quiere usted que toque á misa, mi principal?

Sin esperar respuesta, asió el tirador y casi se colgó de él. A los pocos momentos se oyeron pasos en la escalera y luego el ruido de abrir la puerta.

—Salgan ustedes, dijo una voz femenina desde el descansillo.

—Pase usted, quien quiera que sea, dijo don Facundo; y luego añadió apresuradamente, dirigiéndose al horterilla y designándole la alcoba:

—Escóndete dentro, para si acaso me dan un golpe, que salgas de repente, chilles y que acuda la autoridad.

Maúfas obedeció.

Entró en seguida la persona llamada, que era una criada muy pizpireta.

—¿Qué tiene usted que mandar, caballero? preguntó después de saludar cortésmente.

—¿Es usted de la servidumbre de

este establecimiento? preguntó á su vez don Facundo.

—Sí, señor, para lo que usted guste mandar, respondió la criada alargando la mano, pensando que tras aquella pregunta venía una propina.

El comerciante no reparó en el ademán.

—Yo deseo hablar con la persona á cuyo cargo corra este comercio, ó por lo menos al representante de su razón social.

—Para eso, baje usted y pregunte en el ventanillo, que allí le darán razón, dijo la sirvienta, siempre con la mano tendida en ademán de recibir.

Don Facundo tomó su sombrero y salió, sin cuidarse ni acordarse de su paje.

—Es cosa particular, dijo la criada apenas se vió sola; no se oye aquí á nadie. ¿Habrá venido solo ese caballero?

Y se puso á pasar revista á la alco-

ba. Maúfas se escondió debajo de la cama.

—Lo dicho, aquí no hay un alma. Pues no deja de ser raro.

Dió media vuelta encogiéndose de hombros, y salió del cuarto, cerrando la puerta por fuera.

Entre tanto el comerciante hizo, conforme se le había designado y expuesto, su deseo; pasó á una pieza reservada del piso bajo á celebrar una conferencia con el representante de la razón social. En diez minutos quedó arreglado el negocio tan á satisfacción, que el comerciante salió á la calle refregándose las manos de contento, sin reparar en cocheros ni en transeuntes, ni acordarse del pobrete que dejaba en la ratonera.

—Me parece que la costurerita no se me escapa, decía caminando calle arriba: ¡este establecimiento es un gran establecimiento!

Apenas salía del portal, resonaban en la casa fuertes golpes, que, al pa-

recer, partían del interior de uno de los cuartos.

Acudió la criada al sitio donde los golpes contra la puerta se redoblaban. Era Maúfas, que, cansado de esperar, y viendo que no venían á darle suelta, porque el cordón de la campanilla cedió al primer esfuerzo, resentido sin duda por el fuerte tirón de manos, apelaba á manos y piés para que acudiesen al ruido y le franqueasen la salida.

La criada se quedó sorprendida al ver salir al horterilla.

—¿Qué haces aquí, chiquillo? le preguntó.

—Nada, respondió el preguntado, y precisamente por eso no quiero estar más aquí. Buenas noches.

—Pero, oye, espera un poco. ¿Has estado aquí con un caballero que hace poco ha salido?

—Sí, señora, con mi amo y principal.

—Pues, hijo, buen provecho.

—Gracias; no hay de qué.

La sirvienta le miró maliciosamente.

—¡Pobrecito! dijo con acento de lástima. ¡Qué hombres hay! ¡Jesús, yo les pegaba cuatro tiros! ¡Anda, hijo, anda... si es que puedes!



XII

PACTO SINALAGMÁTICO.

Cuando al día siguiente se despertó Maúfas y se dispuso á la matutina fae-

na de barrer la tienda, recordó lo sucedido en la noche anterior, y se preocupó gravemente, considerando la extraña conducta de su principal.

Lo que más revuelto le traía el magín, era la escena final, de la que no fué testigo, cuando su amo le dejó encerrado en la habitación misteriosa, y pasó á conferenciar con la persona encargada del extraño hotel, en cuya conferencia estaba indudablemente el intríngulis de la aventura. Dábase al diablo por no poder desenredar la madeja y tenerse que contentar con deducciones más ó menos fundadas, pero que no pasaban del terreno de las sospechas. Lo que estaba fuera de toda duda, es que allí se maquinaba algún plan, y que la costurera favorita debía figurar en él con uno de los principales papeles. Era preciso, por lo tanto, aprovechar una ocasión para ir con el cuento al señor duque, pues desde entonces hasta el próximo día de fiesta que le correspondiese libre, podían lle-

vase á ejecución centenares de planes, y ser tarde ya para recibir las recompensas.

Pensando en todo esto, con la preocupación natural en lances tan extraordinarios, aquel día barrió la tienda lo peor posible. Estaba, por otro lado, de mal humor, porque la trastada que su amo le jugara, dejándole dentro de la ratonera, sin acordarse de él para nada, no tenía perdón en su concepto, pues que él sólo fuese un humilde subalterno no era razón, á su juicio, para tan incalificable abandono, que, entre otras graves resultas, una de ellas podía ser quedarse sin cenar.

Don Facundo madrugó más de lo que tenía de costumbre, y en todas sus facciones demostraba que había dormido mal. En efecto; le tuvieron desvelado sus malos deseos por una parte, y la satisfacción de haber hallado un medio de satisfacerlos, por otra. Durante todo el día, presentó alternativas

propias de un hombre que está fuera de su centro: tan pronto risueño y decididor, como adusto y silencioso, no sólo con sus dependientes, que con éstos todo es permitido, sino hasta con sus parroquianos, que ya es más serio, por lo que puede el crédito padecer.

Dotado Maúfas de un gran espíritu de observación, no echó en saco roto aquellas anomalías, confirmándose cada vez más en su idea de que allí pasaba algo extraordinario.

Un poco antes de anochecer, don Facundo manifestó á los suyos que iba á salir para un asunto urgente. No quiere esto decir que pidiera un permiso que como superior no necesitaba, sino que rendía tributo á la costumbre, desde tiempo inmemorial establecida en el comercio, de que, cuando un principal hace una salida desacostumbrada, lo advierte á los suyos, para darles á entender que redoblasen la vigilancia, y que el primer dependiente tomase el sillón presidencial.

Al horterilla pequeño le dió un vuelco el corazón. Hubiera dado cualquier cosa por saber dónde iba su jefe y dábase al diablo por no poder satisfacer su curiosidad.

Salió don Facundo repitiendo que se iba, cosa que bien lo veían todos, pero siguiendo siempre la costumbre comercial.

Sus pasos se dirigieron á una calle bastante retirada del centro, y situada en la parte Norte de la población, cerca de los sitios impregnados aún con los gloriosos recuerdos de la lucha madrileña en el memorable 2 de Mayo de 1808, y cerca también, por lo tanto, de la no menos célebre calle de Panaderos, teatro de tantas aventuras y verdadera *protagonista* de esta no menos verdadera historia.

Llegado ante una casa vetusta y de más que modesta apariencia, se paró, consultó el número, y después de un corto examen de la fachada y alrededores, franqueó un portal sucio y os-

curo, tan huérfano de portero como lo estaba de limpieza y luz. Acudió al auxilio de la caja de fósforos. Entonces pudo ver que el portal era largo y estrecho, que á la izquierda había un recodo, y que en éste estaba el arranque de la escalera. No llegaba á sus oídos el menor ruido ni señal de seres vivientes, por lo cual titubeó un poco antes de internarse, porque ya se ha visto que no tenía mucho del Cid.

No tenía seguridad del cuarto que buscaba, por lo que se decidió á subir hasta encontrar alguna puerta por cuyas rendijas asomase un rayo de luz. Por su suerte, al llegar al primer descansillo, se encontró con una mujer que bajaba con un cántaro apoyado en la cadera.

—Buenas noches, se apresuró á decir el comerciante encendiendo otro fósforo en reemplazo del que ya le quemaba los dedos: ¿hace usted el favor de decirme en qué cuarto vive la tía Sabandija?

—Arriba, á lo último de todo, respondió la mujer; la única puerta que encontrará usted de frente, cuando haya concluido de subir la escalera.

La casa tenía cuatro pisos, por lo que la ascensión fué bastante lenta y penosa, é ítem más, dejó bastante exhausta la caja de cerillas. En el sitio indicado, á lo último de todo, como dijo la mujer del cántaro, se encontró delante de una pequeña puerta, vieja y carcomida, sin señales de pintura, que estaba cerrada y que no revelaba que tras ella pudiese albergarse ningún mortal.

Dió dos ó tres golpes á mano cerrada.

Sin preguntar *¿quién?*, se abrió la puerta, y una vieja, con un candil en la mano, apareció en el dintel.

Era la tía Sabandija, tipo perfecto de la bruja zurcidora de voluntades.

Don Facundo dió el santo y seña.

—¡Ah! ya; ¿viene usted recomendado de allí? dijo la vieja; pues no hay

más que hablar: pase usted adelante.

El mercader entró, haciendo una reverencia, no por cortesanía, sino á causa de la poca altura de la puerta de entrada.

El aspecto del cuarto, que era de pequeñas dimensiones, y compuesto sólo de dos piezas y una exigua cocina, revelaba cierto bienestar y una esmerada limpieza, lo que se llama una celda de monjas. Los pocos muebles que contenía estaban muy limpios y perfectamente colocados; sobre una cómoda, chapeada de caoba, multitud de objetos de adorno y chucherías, descollando en el centro, bajo un fanal cuadrado, una imagen tosca de un Niño Jesus, dormido sobre una alfombra de flores de trapo: en el paso de la primera estancia, que servía de sala, á la que demostraba ser alcoba, unas cortinas de percal, recogidas en pabellón, con clavos romanos; el sofá de paja de Vitoria, así como la media docena de sillas, revestido el asiento con

una colchoneta de lana á cuadros verdes y negros; tal era la vivienda de la bruja, que no tenía nada de terrorífica ni de aquelarre.

La inquilina colgó el candil en una escarpia clavada cerca de la puerta de la cocina, é invitó al recién llegado á que tomase asiento. No se hizo rogar don Facundo, pues bien había menester de descanso tras el largo camino desde su tienda á tan apartado barrio, y sobre todo, por el centenar de escalones que le ponía al nivel de las estrellas.

La vieja tomó una silla y se situó cerca del comerciante.

—Puede usted explicarse con toda confianza y seguridad, dijo la tía Sabandija, porque aquí nada tiene que temer. Vivo sola, y la casa es tranquila como una balsa de aceite. En todo el día se oye una mosca, que esto parece un desierto.

—Pues yo vengo, dijo el otro, á un asunto de importancia.

—Poco más ó menos, ya me imagino de parte de quién viene; pero lo mejor será que se explique usted.

—Allá voy, y sin rodeos, señora, porque me han hablado de usted tan ventajosamente, que creo saldré de aquí complacido.

—Aunque el decirlo me esté mal, replicó la bruja, tengo á mucha gala poder decir que siempre he servido bién á las personas que se han valido de mí y de la experiencia de mis muchos años, para ciertos asuntos, que son lo que todos los días traen aquí á infinitos caballeros, algunos muy gordos y de muchas campanillas.

—Yo no sueno mucho, dijo modestamente don Facundo; pero otros habrá que suenen menos. Por el pronto, usted me dispensará que guarde cierta reserva y no le diga quién soy, hasta más adelante.

—Guarde usted con su persona todo el secreto que guste, que á ello estoy acostumbrada. Aquí todo el mundo

viene de tapadillo, pero poco más ó menos, pocos salen por esa puerta, después de la primera visita, que no les haya conocido el pié de que cojean.

—El mio va usted á conocerlo al punto. Yo estoy enamorado; pero muy enamorado.

—Ya me lo presumo; por eso precisamente viene usted á buscarme.

—Cabal; para que usted me ayude á salirme con la mía.

—Y ¿cuál es la suya?

—Una rubia que me ha robado alma, vida y corazón.

—La cantinela de siempre. Usted recuperará lo robado, que yo serviré de mucho para que lo encuentre, y de camino lo que á su vez piensa robar. Póngame usted al tanto de las circunstancias que concurren en la favorecida.

—Es hermosa como un angel, con unos ojos...

—No es eso lo que quiero decir, ni tales señales me hacen al caso. Hablo

de otras circunstancias. ¿Es sola, ó hija de familia? ¿muy niña, ó sabe donde le aprieta el zapato? ¿Qué ocupación tiene? ¿Qué?...

—Comprendo, no se moleste usted más. Aún no debe tener diez y siete años; es costurera y vive sola con su madre.

—De eso abunda mucho, y casi es mi especialidad. Jovencitas, costureras y con mamás viudas, habrán pasado por mis manos más que arenas tiene el mar. Es género que tiene muchos golosos.

—Advierto á usted que mi costurera es una excepción.

—¿Por qué?

—Porque es muy virtuosa y está muy bien educada.

—Todas son virtuosas antes de dejar de serlo; y en cuanto á educación, todas alardean de ella, diciéndose, la que menos, huérfana de un brigadier. He tratado yo tanto de esto, que estoy convencida de que la mitad de los

hombres han sido brigadieres, ó que hay que hacer alguna rebaja en las jerarquías de muchas huérfanas menesterosas. Dígame usted: ¿sale sola, ó lleva siempre pegada la sombra de la mamá?

—Ahí está la dificultad; rara vez sale sola á la calle.

—Dígalo usted, que dificultad es, y no floja, tener una vieja que trastear á otra vieja. Este negocio es ya de mayor cuantía, y costará más dinero.

—Ante todo, señora, la advierto que yo quiero una cosa arreglada, se apresuró á decir al comerciante usando sus términos de mostrador.

—Se hará lo posible; pero la madre encarecerá el género, yo sé muy bien lo que digo. Si usted encontrara una proporción en que la muchacha no llevase el apéndice...

—Procuraré buscarla, si eso facilita la operación.

—En mucho, por lo que le recomiendo estudie la cosa, que bien lo

merece. Yo tengo mi tarifa de honorarios, y habiendo madre por medio, siempre cobro el doble, y aún así no me doy por bién pagada.

—Hagamos cuenta de que no existe tal madre. Prosigamos sin hacer caso de ella.

—¿A qué altura se encuentra con la muchacha?

—No es cosa mayor. A poco menos de media tercia. Por esto apelo á usted.

—Ya comprendo. Pues bien, no me será difícil salirnos con la nuestra, pero usted tiene que hacer las cosas á medias. Quiero decir, de su cuenta corre llevarla hasta donde sabe usted, que una vez allí, yo me encargo del resto.

—Pero entonces, señora, ¿de qué se encarga usted?

—¡Friolera! De ponérsela en disposición de que no se resista, ni escandalice, ni le deje á usted pegado á la pared, como suele decirse. ¿Le parece á usted poco?

—Es verdad que no. Y si no es curiosidad, ¿cómo se opera el milagro?

—Muy fácilmente, dijo la vieja; todo estriba en buscar la ocasión y pasarla así, de repente, un pañuelo por boca y narices. Con una sola vez que se le pase suavemente, la tiene usted más dormida que un cachorro y más docil que un cordero. Según el tiempo que usted desee, así se emplea la dosis. Este secreto es de mi invención, y jamás me ha fallado.

—¿De modo que la muchacha?...

—Queda aletargada, aunque sin perder del todo el sentido; pero cuando despierta, no sabe dar razón de nada.

—Estoy maravillado. Y eso ¿cuesta mucho?

—¡Qué pregunta! Un galán enamorado que desea poseer á la que adora, jamás se preocupa del gasto.

—Es que á mí me gusta saber lo que he de gastar, porque soy de los que pagan religiosamente. Hasta aju-



tar, regatear; pero después, á cada uno lo suyo. En fin, no reñiremos. Pero hay que arreglar aún el medio de llevarla hasta *allí*.

—También eso correrá de mi cuenta, pero todo hace subir el gasto, se lo advierto. Puesto que, según usted dice, es costurera, coserá para las casas y para quien la mande.

—Creo sólo trabaja para mi tienda.

—Prometiéndola que se la pagará bien, trabajará para quien se la proponga. Al cebo de la ganancia nadie se resiste; esto lo tengo muy experimentado, y fíese usted de mí. Yo seré una criada de una señora que desea darle varios encargos, y con este papel me pasaré por su casa; ahora lo que se necesita es que la madre suelte la presa y se preste á que la hija se venga sola conmigo, lo cual sería fácil si para representar la comedia se pudiera contar con cualquier dependiente del comercio para donde cose; porque esto inspiraría confianza.

Don Facundo se golpeó la frente con la mano.

—Es cosa arreglada, dijo entusiasmado; tengo lo que usted necesita.

—¿Un dependiente de la tienda que me acompañe á la casa y sea, hasta cierto punto, mi fiador?

—Justamente. Cuento usted con él.

—Eso allana el camino. Pues siendo así, ya no es tan difícil como al principio parecía. Una vez en la calle, tomaremos un coche, ella y yo solitas, porque el hortera ya no hace falta para nada. Ya sabe usted dónde la llevaré; pues donde estuvo usted anoche, y una vez en la que ella creerá que es mi habitación, al pañuelo, y punto concluido.

—¿Y si se resiste á entrar?

—Al pañuelo á la primera señal de resistencia. Usted descuide, que hasta el coche de plaza que sirve para el lance ya estará escogido de mi confianza. En seguida se le mandará á usted un recado al punto donde usted

diga, á menos que prefiera ir *allá* con anticipación.

—Prefiero ir después, por si acaso el plan aborta no encontrarme en un mal paso, y así tambien iré ya á cosa segura. Ya convendremos dónde podrá usted avisarme.

Don Facundo dió entonces las señas de Lucrecia, y reservó por el pronto las suyas, quedando en volver al día siguiente para poner á su disposición el dependiente que necesitaba.

Después se dispuso á salir.

—Debo recordarle á usted que yo acostumbro á cobrar mis honorarios por adelantado, dijo la vieja, y que por lo menos tiene usted que pagarme esta consulta.

El comerciante entregó dos duros.

—No es gran cosa, dijo la zurcidora de voluntades, pero pase como por vía de señal. Espere usted, que bajaré para alumbrarle por la escalera.

Quando don Facundo llegó á su tienda, observó la falta de su pequeño

dependiente, y en seguida preguntó por él.

—Apenas puso usted los piés en la calle, respondió el dependiente mayor, tomó el portante y no se le ha vuelto á ver el pelo. Cuando usted no está en casa, no hay quien le sujete.

—Es un atolondrado, efecto de sus pocos años, dijo bondadosamente el principal. Todos hemos hecho lo mismo, y hay que hacerse el cargo; pero cuando vuelva le echaremos una repasata para que no abuse.

Tal como el dependiente mayor se explicaba, había, en efecto, sucedido. Maúfas, sin pedir permiso á nadie ni decir palabra, con la gorra escondida debajo del brazo, se escurrió bonitamente, y al galope tendido corrió á casa del señor duque para ponerle al corriente de los sucesos.

Su excelencia estaba comiendo, y hasta que no concluyera no se le pasaba recado. Fué forzoso esperar.

Los ricos comen mucho y despacio,

y trascurrió cerca de una hora hasta que un criado le vino á buscar á la antesala y á decirle que podía pasar adelante.

El duque estaba muellemente tendido en una butaca, fumando un magnífico cigarro, con el aire más distraído del mundo. El horterilla saludó respetuosamente y no recibió respuesta; pero como ya tenía confianza, se adelantó hasta llegar cerca del aristócrata.

—Señor, dijo rompiendo el silencio, traigo muchas más cosas que decir á vucencia.

—¡Hola! ¿eres tú, joven amable?

—Para servir á vucencia. Vengo cargado de novedades, pero no de géneros de la estación procedentes del reino ni extranjeros, sino de otras novedades, que han de ser más de su agrado.

—Mira, sospecho que han de importarme muy poco.

El horterilla quedó cortado ante aquellas palabras.

—Tanto, prosiguió el duque, que si hubiera sabido que eras tú, hubiera dado la orden de no recibirte. Has podido ahorrarte el viaje.

El chiquillo no se desanimó, y tomó aliento.

—Se trata de aquella joven que sabe usted...

—¿Qué joven?

—Lucrecia, la costurera de mi tienda.

—No tengo nada que ver con ella.

—Pues yo creía...

—Has creído muy mal. En toda mi vida me he ocupado de tal persona. Puedes retirarte.

Maúfas quedó consternado.

—¡Ah! señor duque, ¿conque quiere decir?...

—Quiero decir que me estás levantando dolor de cabeza. No des lugar á que me salga de tono.

El muchacho empezó á gimotear.

—Eso es, dijo con voz entrecortada por los sollozos; expóngase usted

á que su principal le caliente las orejas y que le ponga de patitas en la calle para recibir este pago. Sirva usted con lealtad, haciendo traición al pan que se come, para que de la noche á la mañana le digan que ya está usted demás. ¡Ah, excelentísimo señor! Eso no está bien hecho. ¡Pobre Maúfas!

Y rompió á llorar amargamente. Por toda respuesta, el señor duque hizo sonar un timbre.

Al llamamiento acudió Santiaguillo.

—¿Cómo es que á estas horas aún no has ido á tu observatorio? preguntó el aristócrata apenas le vió.

—En este momento acabo de vestirme y me disponía á ir á él, respondió el lacayo.

—Vete en seguida, y no te vuelva á suceder que te retrases tanto.

—Voy corriendo, señor. ¿Se ofrecía á vucencia alguna otra cosa?

—¡Ah! sí; ya se me olvidaba. Coge á ese granuja y plántale en medio del

arroyo, y al propio tiempo dale por propina media docena de puntapiés de mi parte, de aquellos buenos que yo sé dar, para que no vuelva á parecer por este barrio.

Maúfas, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y dando vueltas á la gorra entre sus manos, giró sobre los talones, y salió lentamente de la habitación. Santiaguillo siguió detrás, desempeñando el papel de pastor. Así llegaron hasta la puerta de la calle.

—Me parece que yo te conozco-muchacho, dijo entonces Santiaguillo.

—Y yo tambien á usted.

—Tú estás de hortera en un comercio, cuyo dueño es don Facundo.

—De dependiente educando, querrá usted decir, replicó picado el chiquillo. En la calle de la Montera, sí, señor, donde fué usted una vez á devolver un paquete de ropa blanca extraviado á una costurera.

—Justo. Hombre, ¡y qué mal se portó conmigo tu principal!

—No se ha portado conmigo mejor el amo de usted.

—Todos son unos para los pobres criados, sean lacayos ú horteras, es decir, dependientes. El tal don Facundo ni siquiera fué para darme dos reales de gratificación.

—Se le pasaría. Mi principal es muy olvidadizo para ciertas cosas, no para todas, que algunas hay que no se le van de la memoria jamás.

—Repito que todos son unos. Baste que tú estés sirviendo, lo mismo que yo, para que me seas simpático y te guarde las debidas consideraciones; así es que sólo cumpliré á medias las órdenes de mi amo; te pongo en la calle porque no tengo más remedio, pero te hago gracia de los seis punta-piés recomendados.

—Muchas gracias; Dios se lo pague á usted.

Maúfas volvió á su tienda bastante mohino. ¡Adios porvenir risueño de esperanzas y propinas! Bién empleado

le estuvo, porque sabido es que la traición place, pero el traidor se aborrece.

Casi sentía remordimientos.

Su principal le amonestó, pero no con excesiva severidad: sobre todo no pasó á vías de hecho, que era lo más temible.

Aquella misma noche se presentó Lucrecia con su mamá á la hora de costumbre. El comerciante se mostró más fino y agasajador que nunca, es decir, en cuanto á lo de agasajador, debe entenderse en sentido moral, de frases galantes, de cumplidos de enamorado. Durante la estancia, parecía querer devorarla con los ojos, que bullían de uno á otro lado, con expresión creciente de provocativa lujuria, que confía verse pronto saciada.

Doña Melchora todo lo traducía en sustancia, y cada vez estaba más firme en su propósito de que dentro de breve plazo se ahorraría las visitas nocturnas al establecimiento comer-

cial, porque su hija se casaría con el mercader y tomarían posesión de día y noche.

Dominada siempre por su eterna idea, apenas se vió en la calle, soltó su andanada.

—¡Jesús y qué tienda de mis pecados! Creí que no nos despachaban en toda la noche! Verdad es que sale un comprador y entra otro, y á veces dos y tres al mismo tiempo. ¡El dinero que este hombre está haciendo, sólo Dios lo sabe, y él!

Lucrecia estaba ya acostumbrada á este sermón, y jamás contestaba, porque su amor giraba en órbita distinta y muy léjos del mostrador.

Al día siguiente, poco antes de anochecer, se repitió en la tienda la escena de la noche anterior. Don Facundo manifestó que iba á salir, é hizo los mismos encargos y recomendaciones. Lo mismo que la vispera, dirigió el rumbo á casa de la tía Sabandija.

—Vengo á dar la última mano á nuestro negocio, dijo apenas entró en el cuarto de la bruja, y sin esperar á tomar asiento.

Entablóse el diálogo mano á mano, poniendo ambos á contribución su ingenio como capital comun, y como capital particular, uno los deseos que le hacían arder la sangre, y la otra su avaricia por el oro.

Claro es que debían entenderse, y efectivamente se entendieron muy pronto.

Quedó concertado el plan con habilidad diabólica, atando todos los cabos y disponiéndolo de modo que no sólo diese los resultados, sino que asegurase la impunidad.

Era preciso, ante todo, esperar una ocasión en que doña Melchora se sintiese indispuesta con alguno de sus habituales achaques, cosa que no tardaría en suceder, porque se verificaba á menudo, y solía durar tres ó cuatro días. Cuando el caso se presentase, la

tía Sabandija, fingiéndose criada de casa grande, pasaría poco después de oscurecer el día, á casa de Lucrecia para manifestarla que unas señoras muy principales necesitaban á toda prisa diferentes prendas de ropa blanca, y que era preciso que en el acto fuese con ella á recibir las órdenes para su confección, pues no se podía perder momento, porque los señores expresados tenían que salir fuera á toda prisa, para negocios de importancia. A fin de que la joven costurera cayese más facilmente en el lazo, Maúfas acompañaría á la vieja para corroborar los dichos de ésta, y como mandado por su principal, y los tres tomarían un coche para salvar más pronto la distancia. El horterilla debía seguir prestando su persona hasta que se conceptuase no ser ya necesaria su presencia y desaparecer del escenario, y la joven sería de este modo conducida á la casa misteriosa de la calle de Panaderos, siempre engañada con que

iba á la de una familia rica. Una vez instalada en el cuarto, se procedía al atentado inícuo de privarla de sentido, porque era evidente que no siendo así, opondría resistencia y produciría un escándalo, al cual no se prestaba la dueña del hotel, celosa del buen crédito del mismo. Maúfas, en tanto, iría á avisar á su amo del buen ó mal resultado de la intentona, para obrar en su consecuencia. El cochero sería de confianza, elegido por la vieja, y caso de precisión, prestaría su ayuda para si la resistencia era antes de entrar, tomar en brazos á la víctima, desmayada en este caso dentro del coche, y trasportarla á la habitacion.

Para llegar á este plan, tuvo don Facundo que declararse y decir quién era, á pesar de sus escrúpulos por dejar el incógnito.

Ambas partés se afirmaron y ratificaron, y el comerciante aflojó de su bolsa una buena suma, que se le arrancaron las alas del corazón.

A Maúfas se le puso en el secreto en parte, con la promesa de un buen regalo y un ascenso en la carrera. El horterilla aceptó; y como ya no tenía nada que esperar de su excelencia el duque, se pasó al partido de su principal con armas y bagajes, como al sol que más calienta.



XIII

DOS ESTRELLAS  
EN CONJUNCION

Las campanas sonaban la plegaria

llamada de las doce, *medio día era por filo*. El día estaba hermosísimo, á pesar de lo avanzado del Otoño, y bullía por las calles el inmenso gentío de una población como Madrid, compuesta en gran parte de elementos oficiales y burocráticos, que cuando hace buen sol inventa pretextos para tomarle, y convierte los negocios en asunto de paseos por calles y plazas.

Pero este bullicio no llegaba hasta el modesto sotabanco de la travesía de Fúcar, rincón bastante apartado del centro bullicioso, y en él reinaba, por el contrario, la más completa tranquilidad.

Lucrecia trabajaba en su máquina. Estaba sola y entregada á sus pensamientos, de tal modo, que sólo se percibía el monotonó ruido del aparato, á cortos intervalos interrumpido.

Doña Melchora había salido á hacer algunas pequeñas compras de objetos necesarios para el trabajo, prometiendo estar pronto de vuelta.

Por la ventana del sotabanco penetraban los rayos del sol con el color triste y amarillento, como las transidas hojas de los árboles que en el Otoño se despojan de su antes esplendente ropón, pero con la tristeza melancólica y dulce á la vez que tanto encanto presta á las almas apasionadas entregadas á sus dulces recuerdos. Aunque algo debilitados al penetrar por el cristal, caían de lleno sobre la rubia cabellera de la bellísima joven, bañándola con un marcado tinte de oro, que aumentaba su belleza y que iluminaba con ardientes tonos sus encantadoras y purísimas facciones.

El trabajo fué interrumpido por dos golpes dados en la puerta con cierta timidez. Lucrecia se levantó para abrir.

—¿Eres tú, mamá? preguntó.

Respondió una voz masculina, que hizo palpar violentamente el corazón de la joven costurera, voz amiga que al punto reconoció; y sin atender á otra cosa que al impulso de su alma,

se apresuró á franquear la entrada, sin reparar en que las conveniencias sociales, á ser consultadas, le ordenaban lo contrario.

Apareció Rogelio.

De una ojeada recorrió el joven la habitación y se detuvo en el umbral.

—¿Estás sola, Lucrecia? preguntó.

Ella entonces se ruborizó y recordó cuál debía haber sido su conducta antes de abrir. Pero el mal ya estaba hecho.

—Mamá ha salido hace ya un rato, y no debe tardar en volver.

Esto quería decir mucho y no quería decir nada, por lo que Rogelio titubeó:

—No pasaré de aquí, dijo después de un momento de silencio, y sentiré que tu mamá tarde mucho, porque dispongo de poco tiempo. Mañana á primera hora parto para Toledo, porque los negocios eclesiásticos que han causado el viaje del padre Petavio están terminados ya y arreglados completamente, y mi buen superior y maestro no

quiere estar en la corte mi un momento más.

El pronunciado carmín que coloreaba ántes con tanta fuerza las mejillas de la joven costurera fué desapareciendo por grados á medida que oía aquellas palabras; y cuando Rogelio terminó, estaba reemplazado por una alarmante palidez.

—¿Te vas ya? balbuceó Lucrecia: ¿tan repentinamente, tan pronto?

—No quisiera; pero fuerza es obedecer, porque no me pertenezco. Bien quisiera permanecer aquí, aunque sólo fuese algunos dias más, por disfrutar de la dicha de estar al lado de mis padres y... de las personas á quienes estimo; pero el padre Petavio está resuelto á marchar cuanto antes, y si no lo verifica esta misma noche, es porque tiene aún que evacuar algunos encargos particulares.

Lucrecia bajó la cabeza y no respondió. Aquel movimiento y aquel silencio enajenaron de gozo á Rogelio.

—¿Qué te sucede? preguntó cariñosamente y sin poderse contener. ¿Te sientes mala?

—¡Oh, no! contestó la joven, haciendo inútiles esfuerzos para tranquilizarse; pero la noticia de tu partida me coge tan de improviso... estaba tan ajena de...; pero no me siento mal.

—¿Acaso sientes que me vaya? Dímelo, te lo ruego.

Rogelio, sin saber lo que hacía, dió dos ó tres pasos dentro de la habitación. Lucrecia no se intimidó en lo más mínimo. La puerta, cediendo á su peso, quedó entornada, sin cerrarse del todo. Ni uno ni otro se dieron cuenta de esta circunstancia.

Estuvieron un rato frente á frente sin mirarse, sin atreverse ninguno á romper el silencio, y eso que uno y otro tenían mil cosas que decirse; pero la dificultad estaba en empezar.

Rogelio fué el primero que habló.

—Me parece que tu mamá tarda demasiado, dijo, por decir algo.

—¡Oh! no lo creas; hace un momento que ha salido, contestó ingenuamente la linda rubia. ¿No quieres sentarte? Yo voy á seguir mi trabajo. Mamá ha salido á hacer unas pequeñas compras porque está algo delicada, y esta noche no saldrá, no sea que se agrave con el relente de la noche.

Rogelio obedeció, dominado por la armonía de la voz del ángel que le invitaba, y contempló un momento con fijeza las bellísimas manos que manejaban el lienzo con destreza y rapidez bajo la acérrada aguja, que subía y bajaba velozmente, amenazando herir aquellos dedos sonrosados.

El joven eclesiástico manifestó su temor en voz alta.

—No hay cuidado, dijo la costurera; ya me conoce la aguja, y me trata con cariño. Sin embargo, si me descuido hace de las tuyas, y me advierte, con un pinchazo que me hace brotar la sangre, que ponga más atención y no piense en las musarañas.

—¿Y eso sucede muchas veces?

—Algunas.

—¿Luego te distraes con frecuencia?

—Sí, lo confieso; muchos días, más de lo regular.

—¿Y en qué piensas para distraerte tanto?

La joven no respondió, y se ruborizó ligeramente.

—¡Qué sé yo! balbuceó; el pensamiento, que nunca está ocioso.

—¡Pobre Lucrecia! ¡Cuánto trabajas para ganar un mísero jornal!

—¿Qué quieres? soy pobre; pero mientras el trabajo no falte, soy feliz, porque, aunque no con mucha holgura, lo pasamos regularmente mamá y yo. Esta es la vida que me espera.

—¡Quién sabe! Todo cambia en el mundo, y quizás algún día podrás casarte ventajosamente.

La joven movió la cabeza con ademán negativo.

—¡Casarme! dijo. Y luego añadió:

—No; yo no me casaré nunca.

—¿Por qué? ¿No reunes cualidades muy dignas de aprecio para que cualquier hombre se estime muy honrado llamándose tu marido?

—No sé si las tendré pero repito que jamás me casaré. Es una idea que se me ha puesto en la cabeza; y si me preguntaran la razón, no sabría qué contestar.

—¡Es extraño! Pocas jóvenes de tu edad se explicarán así; pues he oído decir, entre otras personas al padre Petavio, que todas las muchachas rabian por casarse.

—Propósitos de hombres, y luego que no hay regla sin excepción.

Rogelio se iba animando por grados y tomando gusto en aquella conferencia.

—¿No tienes novio? preguntó sonriéndose, pero en realidad haciendo un esfuerzo para prepararse á recibir la respuesta.

—¿Qué es un novio? preguntó la rubita, en vez de responder.

—¡Vaya una pregunta! No creo que seas tan cándida, Lucrecia, que rayes hasta esa ignorancia. Novio es aquel que hace la corte á una joven, que ella le quiere, y que aspira á casarse con él. Creo lo sabrás mejor que yo.

—Pero también será preciso que él la quiera y trate de casarse con ella, ¿no es verdad?

—Es claro.

—Pues entonces repito que no tengo novio, añadió Lucrecia con una inocencia llena de gracia y coquetería.

—Encuentro extraño que en un Madrid, donde hay tantos jóvenes distinguidos, ociosos y galanteadores de profesión...

—Hasta ahora, ninguno me ha chocado, interrumpió la joven.

Aquella confesión llenó de alegría á Rogelio.

—¿Y piensas seguir siempre de la misma opinión? preguntó éste con la tenacidad del egoísta que quieren que le regalen el oído.

Lucrecia se encogió de hombros.

—Jamás he pensado formalmente en ello; pero sí oigo á veces una voz secreta que me dice que no he nacido para casada. Pero todo se vuelve hablar de mi, y eso no está bién: hablamos de ti también un poco. ¿Y tú?

—Yo..., ya ves, dijo lacónicamente el joven seminarista, señalando su traje talar.

—Es verdad; ya no me acordaba, dijo Lucrecia con la mayor sencillez.

Pero al fin era hembra, y á pesar de sus pocos años estaba dotada de la sagacidad propia de su sexo, por lo que no abandonó la partida.

—¿No te se ha ocurrido jamás que podrás amar y ser amado, casarte y tener una familia? ¿Es verdadera tu vocación?

Rogelio titubeó antes de responder.

—Así complazco á mis padres, dijo con un tono que dejaba entrever lo que callaba.

—No es eso lo que te pregunto, in-

sistió la costurera, sino si es voluntaria tu determinación.

—Yo tampoco he pensado formalmente en ello, replicó el joven, glosando las frases de su interlocutora; pero oigo á veces una voz secreta que me dice que no llegaré á cantar misa.

Lucrecia hizo un movimiento rápido, que no fué dueña de contener.

—Darías un disgusto á tus padres, dijo procurando disimular.

—Si llegase el caso, me lo perdonarían, porque me quieren mucho. Pero lo probable es que no suceda.

—¿Por qué no? dijo vivamente la joven costurera, mirándole entonces con más fijeza, para leer en sus ojos la respuesta que iba á dar.

Ningún seminarista, por inocente que sea, tiene pelo de tonto, y Rogelio, apremiado por la pregunta, soltó esta frase, que no sería intencionada, pero que en realidad era una declaración completa de amor.

—Porque no has nacido para casada.

Lucrecia comprendió perfectamente el sentido de aquellas palabras; pero aparentó no comprenderlas, para obligar á su adorador á ser más explícito.

—¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Que yo no quiero casarme con otra.

Entonces los dos jovenes se miraron, y con sus ojos se dijeron todo cuanto hubieran podido decirse con un diluvio de frases, todo cuanto pasaba en sus almas.

—¡Qué lástima si te empeñas en seguir la carrera eclesiástica!

—¡Qué lástima si te empeñas en quedarte soltera!

Y sus manos se enlazaron, contemplándose mutuamente en éxtasis arrobador.

—¿Ahorcarías los hábitos?

—¿Me amarías entonces?

—¡Oh, sí, Rogelio! dijo la joven avergonzada y confusa; hace tiempo que te amo ya.

El joven seminarista arrojó un grito de contenida alegría.

—¿Y tú? preguntó Lucrecia.

—Antes que tú á mí.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Ya ves, respondió Rogelio lo mismo que antes, mostrando su traje talar.

—Estás así muy guapo, dijo la rubia con gachonería; pero no es el traje más á propósito para un galán.

—Pronto le cambiaré por otro que lo sea; estoy ya decidido.

—¿Y no temes incurrir en el enojo de tus padres?

—¿No te he dicho ya que me quieren mucho?

—Sí, ya lo sé.

—Pues ahora añado, que hay otra razón para que pueda asegurarte que irrevocablemente no cantaré misa.

—¿Cuál es?

—Que también á ti te quiero mucho, mucho más de lo que jamás has podido imaginarte.

—¿Has calculado bién lo que te propones?

—Sírvate esto de palabra formal y juramento, dijo Rogelio besando la mano de nieve y fuego que tenía entre las suyas.

A Lucrecia no se le ocurrió retirarla ni hacer el papel de gazmoña. Se limitó á decir:

—Algunas veces, durante tu ausencia en el seminario, he ido á ver á tus padres y hemos hablado siempre de ti, porque sólo por hablar de ti iba á tu casa, y mil veces oí decir á tu buena mamá, colmándote de elogios: «es un santo,» y yo decía en mi interior: «santo, sí, para quien lo crea.»

Aquellas palabras, dichas con una gracia encantadora, aludían tan discretamente al beso estampado en su mano, que Rogelio, fuera de sí, repitió la demostración de su cariño y la prueba de que no tenía nada de santo.

Dominados ambos por el mutuo amor que embargaba sus almas, no ad-

virtieron la presencia de doña Melchora, que en medio de la puerta contemplaba muda de asombro aquella escena amatoria. La buena señora tosió con fuerza para advertir á los actores que tenían un espectador. Lucrecia y Rogelio se volvieron sorprendidos, y quedaron avergonzados: doña Melchora entonces pasó adelante muy sofocada, y diciendo con voz entrecortada por la indignación:

—Me gusta la franqueza, don Rogelio: lo que usted hace, no está bien hecho.

Lucrecia salió á la defensa de su amante.

—¿Por qué, mamá, si yo se lo permito?

—¿Será verdad lo que oigo? Tú..., mi hija...

—Rogelio me ama, y yo le amo á él; ni más ni menos. Habiéndonos criado juntos y aprendido á amarnos desde nuestra niñez, ¿qué encuentras en ello de particular?

—Ya sé que sois como hermanos, replicó amostazada doña Melchora; pero las palabras que he oído al tiempo de entrar, son palabras mayores, y de aquellas que los hermanos no se dicen nunca, por mucho que sea su cariño fraternal, y al propio tiempo, impropias en boca de un sacerdote.

—Dejate que lo sea, mamá, dijo Lucrecia sonriéndose, que todavía no ha cantado misa.

—Pero la cantará, tarde ó temprano, porque ese camino lleva.

—A mí me parece que lleva el de no cantarla; ¿no es verdad, Rogelio?

Este dirigió á su amante una mirada expresiva, que era una confirmación del pronóstico.

Doña Melchor cambió de tono.

—¿Por qué no os explicais más claro? Lo que sucede, que tratándose de un sacerdote es un pecado mortal, entre seglares merece dos cuartos por la gracia.

—Pues afloja los dos cuartos, ma-

má, porque Rogelio acaba de prometerme colgar los hábitos y casarse conmigo.

Doña Melchora se humanizó de cada vez más.

—¿Es cierto lo que dice mi hija, don Rogelio? preguntó con interés.

El joven seminarista, en breves palabras, manifestó á su presunta suegra que, sintiendo más vocación para casado que para cura, era cosa resuelta cuanto su hija aseguraba.

—Siendo así, dijo doña Melchora, oyendo atentamente la explicación y demostrando su contento de mil maneras: ¿qué he de decir? Que sea cuanto antes, y que Dios os colme de bendiciones.

Lucrecia miró á su mamá con ternura, y dijo, procurando dar á sus palabras cierto tinte picaresco:

—¡Qué tienda aquella! ¡Lo que allí se vende diariamente!...

—¿Te quieres callar, bachillera? replicó la mamá avergonzada. ¡Yo qué

sabía si mientras mis ojos se fijaban en un mostrador, los tuyos se dirigían á una sotana! Por lince que sea una mamá, la niña es más lince todavía, nueve veces cada diez. Rogelio vale más, un millón de veces más que todos los comerciantes del mundo.

La enamorada pareja rodeó con sus brazos el cuello de la buena señora, que lloraba de alegría y daba rienda suelta á su gozo, con un torrente de palabras.

—Mil veces lo he dicho yo: ¡lástima de chico ese que es tan guapo y tan buen mozo, y va á meterse á cura! Es verdad que hay curas muy guapos y muy buenos mozos; pero al fin son curas; y yo, como mujer, que también he tenido mis quince, jamás he estado por ellos, porque no me gustan las gentes que se visten por la cabeza lo mismo que una, y que parecen grajos con sus hopalandas negras.

—Por Dios, mamá, ¿cómo te explicas? Estoy asombrada de oírte,

—Pues aún diría más, si no me detuviera la lengua el temor de ofender á Dios. Más me han gustado siempre los militares.

—Vaya, mamá, que te vas explicando.

—Son mucho más salados. Por desgracia, tu padre no lo era; pero sí era tan hombre de bién y luego no mal parecido, que me casé con él, aunque no gastaba casaca de dos colores; pero si ahora me volviera como entonces, no me enganchara ninguno que por lo menos no llevase las tres estrellas de capitán.

—Por complacer á usted, mamá, dijo Rogelio, mañana mismo voy á sentar plaza.

De este modo prosiguieron los tres dando riendo suelta á su locuacidad y enajenados de alegría, formando mil proyectos para el porvenir, todos agradables, todos de color de rosa.

Llamaron á la puerta, que había quedado entreabierta.

—Adelante, dijo doña Melchora; pase quien sea.

El recién llegado era el padre Petavio.

—Dios guarde á ustedes, dijo quitándose el sombrero y entrando en la habitación. Esperaba encontrarte aquí, buena alhaja, añadió dirigiéndose al seminarista; acabo de estar en tu casa para despedirme de tus padres, y allí me han dicho que habías venido á hacer lo propio con estas señoras, y entonces dije para mí: vamos á allá y me despediré yo también, y de camino, por si tienen algo que echar á perder. Pero ahora que reparo, ¿qué ocurre aquí de particular? Parecen todos ustedes las estatuas de los santos que hay talladas en la puerta principal de la catedral de Toledo.

Por toda respuesta, Rogelio asió á Lucrecia de una mano, y dijo con cierta solemnidad:

—Efectivamente, pasa algo extraordinario, como usted sospecha. Padre

Petavio, presento á usted á la que pronto será mi esposa.

El canónigo miró estupefacto al seminarista.

—¡Eh! ¿qué estás diciendo? ¿Estás en tu juicio, Rogelio?

—Perdóneme usted, mi respetable padre y maestro; pero acabo de dar mi palabra, y la cumpliré.

—¡Casarse un cura! Tú has perdido la chabeta.

—Como aún no he recibido el sacramento del Orden, puedo aspirar al del Matrimonio.

—Ya lo sé, pero no creo que vayas á cambiar un sacramento por otro.

—¿No he dicho á usted que he dado mi palabra y que estoy decidido á cumplirla?

—Pues eres un tonto de capirote. ¿A quién se le ocurre dejar una vida llena de comodidades por otra llena de cuidados?

—A quien ha rendido su alma á una hermosura que le tiene cautivo,

respondió Rogelio, mirando cariñosamente á Lucrecia.

—¿Y qué tiene que ver? replicó vivamente el canónigo; pues qué, ¿no puede todo conciliarse? Lo que digo lo diría cualquiera con tanto así de meollo; si te gusta la muchacha, espérate á cantar misa y llevátela de ama. ¿No hablo yo bien, señora? añadió el respetable eclesiástico, dirigiéndose á doña Melchora con mucha seriedad y como quien está profundamente convencido de que dice el Evangelio: ¿no sería lo más acertado, y que usted se fuese con ellos? ¡Vaya, y poco ricamente que vivirían los tres!

—Perdone usted, padre Petavio, dijo la mamá; pero por esta vez no soy de su opinión. Me parece mejor que se casen, porque el mundo no está tan pervertido, por más que usted lo asegure, como capellan de monjas que ha sido.

El canónigo se encogió de hombros.

—Es la primera madre á quien oigo preferir que su hija corra los azares de un casamiento que luego puede ser lo que sea, á la seguridad de una casa presbiterial, donde puede vivir dándose buen trato y siendo respetada de centenares de feligreses.

Después, encarándose de nuevo con su discípulo, prosiguió:

—Y luego cate usted perdidos los estudios hechos.

—Eso no, observó la mamá, porque muchas veces oí decir á mi difunto marido que todo lo que el hombre estudia, siempre le sirve para algo.

—Dispense usted, señora, replicó el canónigo; no hay regla sin excepción. Lo que se estudia para cura, no siendo para cura, no aprovecha para nada, porque son estudios especiales.

El eclesiástico no se daba por vencido, y añadió dirigiéndose de nuevo al joven rebelde y desertor.

—¿Has pensado bien lo que pierdes? ¿Has reflexionado que por medio

de la carrera que abandonas puedes verte algún día de arzobispo, puedes aspirar á ceñirte la tiara pontificia?

—Todo lo sacrifico por este tesoro, respondió Rogelio, dirigiéndose á Lucrecia.

—Buen provecho te haga, dijo el reverendo con cierto despecho. Me doy por vencido, porque nada hay tan terco como los locos y los enamorados, y los segundos siempre tienen algo de los primeros. Haz lo que quieras, que yo ya te he aconsejado con arreglo á que me dicta la conciencia; tú verás lo que haces. Otra cosa se me ocurre, y es: ¿á qué piensas dedicarte? Porque ser marido, es un estado; pero no es una profesión.

—Se dan casos, padre Petavio, replicó doña Melchora sentenciosamente. Maridos hay que no viven de otra cosa sino de serlo; pero esto no es decir que el día de mañana mi yerno sea uno de ellos.

Rogelio se sonrió, y dijo:

—Ya está previsto eso que usted dice, mi respetable padre y maestro, pues mi futura mamá me lo ha indicado. Pienso ser militar.

El canónigo repuso, después de un corto y significativo silencio:

—No me parece mala idea. Frailes y soldados no son clases tan opuestas como á primera vista parece, y por algo se dirá respecto del clero aquello de milicia de Cristo. Yo también he tenido vocación por la vida guerrera, y si no, que lo digan las montañas de Navarra, donde no me han estorbado los hábitos para manejar la carabina Remington con la misma sandunga que el hisopo. Aunque ordenado *in sacris*, si se ofreciera, no me importaría nada mandar un regimiento. Si no has de ser cura, aplaudo que seas militar, porque así no te alejas tanto de nosotros. Vaya, que ya no me parece tan mal. Por mi parte, á tu tierra grulla, aunque sea en una pata, que, como dijo el otro: «Me voy á Toledo.»

La conversación prosiguió en el mismo tono. Rogelio manifestó que aquella misma tarde pediría permiso á sus padres para abandonar su carrera, y confiaba conseguirlo por las muchas pruebas que tenía del gran amor que le profesaban; que al día siguiente acompañaría en su viaje al canónigo para despedirse de sus maestros y superiores, y pedirles su bendición, y que en seguida regresaría al lado de su prometida, para no apartarse de ella jamás.

Una vez todos ya contentos y conformes, la conversacion se deslizó rápida y animada sobre varios puntos, si con extraordinaria animación, y siempre girando sobre la misma órbita del inesperado desenlace, que momentos antes nadie se hubiera atrevido á preveer.

El canónigo se olvidó de su propósito manifestado al entrar, y de su costumbre de tomar chocolate á aquella hora, y se despidió afectuosamente de la madre y de la hija.



Rogelio se dispuso á seguirle, renovando sus protestas de amor. Al salir volvió la cabeza para mirar otra vez más á su adorada, que por su parte le seguía con los ojos fijos en él, y cambiaron una mirada llena de amor, de felicidad y de esperanzas.



#### XIV

EL MAYOR MONSTRUO, LOS CELOS

Al anochecer de aquel mismo día, el cielo, que se había mantenido des-

pejado durante la mañana y tarde, empezó á cubrirse de negros nubarrones, precursores de una tempestad que debía estallar con fuerza algunas horas más tarde.

Cuando la noche tendió completamente su negro manto por la villa del Oso y del Madroño, algunos relámpagos fugaces iluminaban por momentos el firmamento oscuro, advirtiendo á los transeuntes que apresurasen el paso y buscasen un abrigo.

Santiaguillo, colocado en el puesto de su servicio nocturno, consultaba de vez en cuando el estado atmosférico para calcular la proximidad de la lluvia, y examinaba el terreno con más atención que nunca, para ver dónde podría refugiarse sin perder de vista su objetivo. Ningún portal de los alrededores ofrecía las condiciones apetecibles; y en cuanto á sufrir el charrón á palo seco, maldita la gracia que tenía. Así estuvo titubeando hasta que las primeras gotas que cayeron

con fuerza le obligaron á decidirse, y su resolución de última hora por cierto que fué acertada, pues fué situarse á la misma entrada del nido, sin reparar en el estorbo que su persona causaba á los concurrentes, que no faltaban nunca, aunque cayeran chuzos.

A los pocos minutos de permanencia en su refugio entró en el portal una pareja; esto era de esperar. Santiaguillo reconoció á don Andrés, que acompañaba una nueva conquista encontrada en cualquier plaza ó callejuela donde él tendía sus redes. Al ver dentro del portal una sombra humana, *ella* detuvo el paso y titubeó. Don Andrés, con su gallardía acostumbrada, y siempre tan soplado, pasó adelante sin mirar al centinela, y dándosele una higa de su persona, lo que obligó á su pareja á seguirle, después de ponerse el pañuelo en la cara, para ocultarse de miradas indiscretas.

—Este hombre debía estar inscrito en lista con entrada de favor, como se

hace en los teatros, dijo para sí el lacayo *attaché*; apenas hay noche que no le vea. Gracias á que como es tan fátuo y siempre va muy pagado de su persona, no suele reparar en mí y pasa de largo como ahora, que si no, ya estaba apestado todo Madrid de saber que Santiaguillo Barretas estaba en este punto de servicio permanente.

Sonó al principio de la calle el ruido de un coche, y nuestro hombre-cillo, práctico ya en el terreno que pisaba, conoció que se dirigía á la casa misteriosa, y viendo que la lluvia empezaba á cesar, se salió prudentemente de su agujero y pasó á la otra acera.

Tal como se había imaginado, sucedió. El coche se paró á la puerta de la casa consabida. Se abrió la portezuela y se apeó primero un caballero, despues una señora.

Dióle un vuelco el corazón á Santiaguillo, porque en la dama acababa de reconocer á la señora duquesa. Siguiendo las instrucciones que tenía, corrió

al portal apenas oyó el ruido de la cancela que se cerraba, y entreabiéndola de nuevo con mucho sigilo, escuchó atentamente.

Oyó las frases de cajon:

—¿Llave? Escalera tal, número tantos.

Ya sabía lo suficiente, y no había tiempo que perder. Corrió á la parada de coches más cercana, la situada en la calle de San Bernardo esquina á la de la Luna; es decir, á cuatro pasos de distancia. No había ninguno, porque cuando llueve en Madrid, todos se alquilan inmediatamente. Corrió á la plaza de Santo Domingo, donde hay establecido otro punto de parada, y sucedió lo mismo. Entonces se decidió y emprendió la carrera á pié, llegando al palacio ducal rendido de fatiga y empapado en agua. Subió los escalones cuatro á cuatro, y cayó sobre el gabinete-despacho de su amo como una avalancha.

—¡Por fin! exclamó jadeante; por

fin, mi amo, ya están los pájaros en la jaula.

El duque, que, siempre dominado por su idea fija, esperaba el aviso con impaciencia una y otra noche, cuando vió llegar á su mensajero, apenas daba crédito á que sus deseos estaban ya realizados.

Se levantó, adelantándose hasta casi tocar á su lacayo para convencerse de la verdad del aviso.

—¡Por fin! exclamó: ¿estás seguro?

—Acabo de verlos entrar con mis propios ojos, respondió Santiaguillo, procurando dar fuerza á sus palabras para convencer á su señor. Si vuecencia quiere sorprenderles en el garlito, no se retrase, porque no he encontrado ningun coche de plaza y he tenido que venir á pié, lo cual me ha retrasado mucho. Escalera tal, número tantos.

—Es verdad, dijo el duque: hemos confiado demasiado en que cerca del sitio había siempre coches disponibles, y no hemos previsto e caso de lluvia,

Vuélvete corriendo allí otra vez, por si ocurriese alguna novedad, y espérame.

Santiaguillo salió, después de repetir el número del departamento.

Cuando el duque se vió solo, se puso apresuradamente un sobretodo y el sombrero. Después se dirigió á una panoplia que adornaba uno de los testers del gabinete, y escogió entre las diversas armas que la componían, un ancho puñal de afilada punta y hoja ricamente cincelada, con mango de plata y marfil, y lo ocultó en un bolsillo del sobretodo. Después, de un cajon de su mesa tomó un llavín de entre otros, que todos estaban numerados con etiquetas de cartulina.

Uno de sus coches le esperaba en el portalón, porque siempre estaba dispuesto á enganchar á la primera señal. Entró en él precipitadamente, y dió la órden de marcha. El carruaje partió con la velocidad del rayo; atravesó varias calles y llegó al sitio donde al cochero se le había ordenado, á la ca-

lle del Pez, esquina á la de Pizarro, á fin de no despertar las sospechas de su servidumbre. Allí se apeó, siempre con su agitacion febril y desafiando la lluvia, que no cesaba, dió la orden de que se le esperase, y se internó en la calle de Panaderos. Llegó á la casa misteriosa, y entró sin titubear, y en la propia forma subió la escalera, sacó el llavín de que iba provisto y que correspondia al departamento denunciado por Santiaguillo, y abrió.

En aquel momento llegaba también el lacayo, que, en cumplimiento de las ordenes recibidas, se situó cerca del portal.

El duque entró en la estancia, donde reinaba un completo silencio, y que estaba débilmente alumbrada por una lamparilla de aceite que esparcía sus mortecinos resplandores, alcanzando á pocos pasos de distancia. Cerca de la lamparilla había una bujía de esperma en una palmatoria, como alumbrado de reserva para obtener mayor luz;

pero al celoso marido no se le ocurrió encenderla.

Al ver vacía la habitación donde esperaba encontrar á la esposa adúltera y su amante, se detuvo sorprendido, y volvió á consultar el número estampado sobre la puerta de entrada con la tarjeta que pendía del llavín, y la comprobación le indicó que no estaba equivocado. Pensó también si Santiago no tomaría con exactitud al oído el número del departamento, si él se equivocaría al oírle de boca de su servidor, ó si el retraso en acudir había dado lugar á que los criminales abandonasen el teatro de su delito. Todo era posible, y el duque estaba perplejo y bastante contrariado, porque la ocasión, con tanta ansia esperada, salía fallida.

Ya se disponía á abandonar la estancia, porque, cualquiera que fuese lo sucedido, el hecho era que allí no había nadie, cuando sus ojos tropezaron con un objeto caído en el suelo, cerca

del sofá y casi oculto por éste. Le recogió apresuradamente y se acercó á la luz para examinarle. Era un pañuelo que despedía una fragancia delicada, el perfume favorito de su esposa; y para mayor prueba tenía en una de sus puntas bordadas las iniciales de la misma, con su correspondiente corona ducal. Era indudable que la duquesa había ocupado momentos antes aquella habitación, y que llegaba tarde para saciar su encono.

Esta idea se apoderó tan vivamente de su ánimo, que estrujó el pañuelo entre sus manos convulsivas, hasta romperle, guardándose después los pedazos, sin darse cuenta de lo que ejecutaba.

Poseído más que nunca por el demonio de los celos, pues la prueba encontrada desvanecía toda duda, dió dos pasos otra vez para salir del cuarto, y otra vez se detuvo de repente. De la alcoba contigua partía un ruido particular: aplicó el oído, y oyó distinta-

mente el que produce la respiración acompasada de una persona que disfruta de un sueño tranquilo. Con la mayor cautela, de puntillas, penetró en la alcoba, á la cual llegaban tan débilmente los resplandores de la luz, que sólo se percibían vagas sombras en su fondo.

Sobre la cama, sus ojos más bién adivinaron que vieron las formas de una mujer que dormía, medio cubierta con la colcha de percal. El duque no estaba en disposición de hacer reflexiones, ni el estado de su ánimo le permitía un exámen detenido. Toda su sangre se agolpó á su cabeza, reconociendo en la dormida las facciones de su mujer, y no fué necesario más. Su diestra convulsiva buscó el puñal en el bolsillo de su sobretodo, se acercó al lecho, y descargó el golpe. Tan certero fué y con impulso tan violento, que la víctima no exhaló ni una queja, ni hizo el menor movimiento.

Cuando el asesino volvió á la sala

con el puñal ensangrentado, estaba espantoso. El azar le colocó delante del gran espejo, y al verse allí reproducido, retrocedió horrorizado de su propia persona, y el arma homicida se escapó de su mano, manchando la alfombra y clavándose en ella oblícuamente.

Tuvo que apoyarse sobre el frío mármol de la jardinera, porque se sentía desfallecer, y entonces reparó que su mano derecha estaba salpicada con algunas gotas de sangre. Sacó apresuradamente uno de los pedazos del pañuelo encontrado, y frotando con rapidez, hizo desaparecer las pruebas acusadoras. Respiró entonces con fuerza para adquirir valor, lanzó una mirada indescriptible á la alcoba y salió por fin de la habitación, dando traspies como si estuviera ébrio. En la misma forma bajó las escaleras y se lanzó á la calle hasta llegar al sitio donde su coche le esperaba.

Santiaguillo le vió salir y le siguió, y viéndole montar en el carruaje, to-

mó á su vez el camino del palacio ducal, porque preveía que su papel estaba terminado.

Llegó el duque á su casa y entró á pasos lentos en el despacho donde una hora antes se encontraba, y sin despojarse del abrigo ni del sombrero, se dejó caer en un sillón. Corría por su frente un sudor frio y copioso, y entonces se descubrió la cabeza para enjuagarle. Al sacar el pañuelo tropezó con el de su esposa, y se sirvió de él: las huellas de la sangre quedaron estampadas sobre su frente. A la agitación violenta que recorría todos sus músculos, siguió una completa paralización de todos sus miembros. apoyó el brazo sobre su mesa, y sobre el brazo dejó caer la cabeza, que quería estallar en mil pedazos. Así permaneció algún tiempo; ni él mismo supo cuánto. Todos los sentidos parecían haberle abandonado; tenía el aspecto de un cadáver por su inmovilidad y palidez.

La puerta de su despacho, que pro-

dujo un ligero ruido al abrirse, le hizo volver en sí. Levantó la cabeza y miró al sitio donde el ruido partía; dió un grito aterrador, se puso en pié, y apenas podía sostenerse, tanto era su espanto al ver ante sus ojos desencajados la figura elegante de su esposa, siempre bella, siempre sonriente, que le miraba con la mayor naturalidad.

—Buenas noches, duque, dijo la dama con su voz argentina; no dirás que esta noche no me retiro temprano.

El duque nada oyó: todas sus potencias y sentidos estaban reconcentradas entonces en la vista, porque no daba crédito á sus propios ojos, viendo delante, respirando salud y hermosura, á la que poco antes creía haber asesinado. Un temor supersticioso se apoderó de su alma, y se creyó juguete de una alucinación, y que la sombra de su víctima se le aparecía en su propia casa para echarle en cara su crimen.

—¡Aparta! exclamó, viendo que la

sombra se acercaba lentamente: ¡aparta! ¡yo no he sido!

Y retrocedió precipitadamente hasta un rincón del gabinete, como un criminal acosado por los remordimientos.

La duquesa soltó una estrepitosa carcajada.

—¿Estás loco, duque, dijo la dama viéndole retroceder, ó estás ensayando alguna escena de melodrama? Hace tiempo que observo que tu conducta es muy extraña, y temo por tu razón.

El esposo, atraído por aquella voz, procuró, aunque con dificultad, volver al centro de la estancia, siempre con la vista fija en el fantasma.

—¿Eres tú, Carolina? preguntó con voz entrecortada.

—¿Pues quién ha de ser? replicó la duquesa. ¿Estoy por ventura tan cambiada que no me reconoces?

El duque, para cerciorarse de que no era víctima de una ilusión, asió á su esposa de un brazo.

—¡Jesús, duque! exclamó ésta asus-

tada; ¡cómo abrasa tu mano! A través de mi vestido siento penetrar el calor que despide, como si fuese un hierro ardiendo.

—¿Vives? ¿vives aún? ¿Ha sido todo un sueño?

—Si has soñado que estaba muerta, consuélate y vuelve en ti, porque jamás me he encontrado más buena ni de mejor humor. He pasado la noche muy distraída. ¿Y tú?

—¡Yo!...

La voz se ahogó en la garganta del infeliz esposo, que no sabía darse cuenta de las mil confusas ideas que bullían en su cerebro, ni podía desechas las sangrientas imágenes que se agolpaban á su mente.

Poco á poco, algunos rayos de razón alumbraron su espíritu y fué recordando las circunstancias y sucesos de aquella horrenda noche, y adquiriendo la certeza de que no había soñado, sino que todo era realidad.

—Si la duquesa está aquí, ¿á quién

he asesinado en aquella maldita casa?

Esta reflexión le dejó confundido y silencioso. La duquesa aprovechó aquella crisis para despedirse y salir del gabinete. El duque no respondió al saludo de su esposa, y siguió pensativo.

—No me cabe duda, dijo con voz entrecortada y apenas perceptible, que soy un asesino, que he derramado sangre; pero ¿de quién?

Levantó vivamente la cabeza, y llamó en alta voz:

—¡Santiago!

El fiel lacayo se presentó en seguida.

—Que enganchen otra vez el coche, dijo con sequedad; voy á salir inmediatamente.

La curiosidad y los remordimientos impulsaban al aristócrata, acudiendo voluntariamente al teatro de su crimen, sin calcular las consecuencias del paso que iba á dar.

Cuando llegó á la casa misteriosa,

dejando como antes el coche á respetable distancia, reinaba en los alrededores la mayor confusión. La gente se agolpaba á la entrada del portal, y más fuera formaba corrillos, donde las conversaciones vivas y animadas, el cuchicheo general, las preguntas de unos y las respuestas de otros, y los comentarios de todos, demostraban que había tenido lugar allí cerca un suceso extraordinario.

Dentro de la casa ocurría lo mismo. Las escaleras estaban invadidas, y el duque á duras penas pudo romper por entre la apiñada multitud; y gracias á su aspecto de persona distinguida, muchos le abrían paso respetuosamente. Por fin llegó hasta el departamento que poco antes abandonara. Dos guardias de orden público, situados á la puerta, impedían penetrar á los curiosos. El duque se dió á conocer por su título, y pasó adelante; sólo había en su interior una docena de personas, la mayor parte de la casa, dos ó tres en

la sala, el resto en la alcoba. Hasta ella penetró el aristócrata, siempre impulsado por su fatal destino, impasible como una estatua, extraviada su razón, con el aspecto de un idiota, dirigiendo su vidriosa mirada, apenas entró, al lecho, á donde convergían instintivamente y con fijeza las miradas de todos los circunstantes.

Sobre aquel lecho yacía el cadáver de una mujer, rodeado de un lago de sangre. El duque reconoció á su víctima.

Era la infeliz Lucrecia.

Apenas podía dar crédito á sus ojos viendo tendida y sin vida á aquella preciosa criatura, á aquel sér inocente, privado de la existencia por su mano. ¿Por qué funesto azar se encontraba aquel ángel en una casa de mala nota, en un templo del libertinaje, atravesándose en el camino de sus celos para pagar culpas ajenas? Miraba fijamente á la infeliz asesinada, como interrogándola con sus ojos y pidiéndola perdón por el crimen.

El retraso del duque en acudir al castigo de la esposa adúltera á causa de la distancia entre su palacio y la casa fatal, y el de Santiaguillo en dar el aviso, originado por la lluvia y falta de coches de punto, y el temor de la duquesa, por otra parte, siempre que su amante la citaba para aquel sitio, todas estas causas reunidas hicieron que los expresados amantes abandonaran el departamento pronto, y fuese elegido, una vez vacante, para instalar en él á la joven costurera, conducida por la tia Sabandija.

Entre los que presenciaron el espectáculo dentro de la alcoba, se hallaba don Andrés, que, incapaz de ningún sentimiento noble y delicado, miraba tambien á la víctima y se sonreía estúpidamente, diciendo para sí:

—Conmigo se resistió; pero otro se conoce que ha sido más afortunado.

El camastrón era aún más criminal con sus malos pensamientos, que asesinaban una honra, que el duque, en su